



FBI



MORTIMER CODY

AFFAIRE
PERFECTO

FBI



R

Título del original, en inglés:

A PERFECT «AFFAIRE»

© Mortimer Cody

Derechos reservados por

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17

Madrid-5. España

Número de Registro: 1.853-65

Depósito Legal: M. 14.969-1965

Printed in Spain

Rafael F. Carasa. Impresor. Madrid

MORTIMER CODY

«Affaire» perfecto

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Últimas obras de MORTIMER CODY publicadas
en nuestras colecciones:

Colección OESTE:

Núm. 153.—Muertos olvidados.

- » 159.—Aquí muere el odio.
- » 169.—Algo rojo y caliente.

Colección F. B. I.:

Núm. 684.—Operación: Mujer desconocida.

- » 690.—Sentencia: Cámara de gas.
- » 705.—Siempre quedan huellas.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 101.—Cuando hierve la sangre.

- » 108.—En torno al cuchillo.
- » 118.—Clan de asesinos.

Colección PATRULLA DE COMBATE:

Núm. 119.—Buen viaje, muertos.

- » 131.—Diario de un cobarde.
- » 137.—La espalda del destino.

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 721.—Cenizas de venganza.

- » 736.—Turbulento regreso.
- » 752.—Perro hambriento.

Colección GANGSTERS:

Núm. 166.—Lágrimas sobre el cadáver.

- » 175.—Levántate, escoria.
- » 180.—Cuando seas un hombre.

Colección PANZER DIVISION:

Núm. 3.—Nadie muere por nada.

- » 7.—Una tumba blanca.
- » 10.—...Y nunca mueren.

I

LA última nota arrancada del piano se desvaneció, melancólica, en el aire. No hubo aplausos, no hubo rumores. Sencillamente, nada. Sin embargo, el pianista sonreía; una sonrisa ausente, como dirigida a un «más allá» lejano.

El hombre que estaba junto al piano, con un vaso de *whisky* en la diestra y un cigarrillo en la mano izquierda, miró en torno.

—Bien interpretado, McRae —dijo.

McRae, el pianista, miró a aquel hombre.

—¿Me conoce? —inquirió, con indiferencia.

—Desde luego. Y me ha gustado como interpreta a Chopin.

—Ya...

—No lo hace a menudo.

—Cúlpele al dueño de esto —dijo McRae—. Usted ha podido darse cuenta de que Chopin hace llorar a las chicas. ¿Lo ha visto?

—Sí.

—El dueño no puede soportar que las chicas lloren. Es lógico. El ambiente ha de ser alegre, superficial, divertido. Las chicas se animan cuando oyen música moderna. Y yo no puedo elegir. A primera hora de la noche, me permito ciertas libertades. Más tarde, cuando el bar se llena, no puedo.

—Comprendo. Pero no estoy de acuerdo en lo de que usted no puede elegir, McRae.

McRae entornó los ojos.

—¿No? Vea —musitó.

Los dedos de McRae recorrieron de nuevo el teclado, con suavidad y fuerza a la vez. De nuevo Chopin. Las notas duraron escasos segundos. Inmediatamente, una voz, procedente de detrás de la barra, sonó, un tanto agria:

—¡Basta, McRae! A otra cosa.

En el bar, poco animado aún, se oyeron suspiros. El pianista dejó de tocar y miró al desconocido.

—¿Qué le parece? —inquirió.

El desconocido sonrió. Era un hombre de cuarenta años, aproximadamente. No muy alto, pero bien constituido. Vestía con elegancia, traje oscuro, al igual que el abrigo, que llevaba abierto. Camisa blanca, corbata discreta, de un tono granate cambiante. Rostro atractivo, energético; ojos claros, de mirada inteligente; cabello rubio, muy bien peinado. Podía pasar por un caballero, y desentonaba en el ambiente global de «El Buho», el cafetín de la calle Mulberry, entre Bowery y Center Street.

Allí, en «El Buho», no abundaba la gente bien vestida. Por lo menos, la gente de elegancia discreta, lo cual, de por sí, ya indicaba buen gusto y posibilidades. «El Buho» era un cafetín lindando con Chinatown. Chicas de vida resbaladiza; tipos que aprovechan tal circunstancia; un poco de música, un poco de baile, tratos comerciales... y hasta el próximo día. «El Buho»: uno de tantos.

También el pianista ofrecía cierto contraste.

McRae era una nota discordante en aquel ambiente. Hombre de unos cincuenta años, cabello gris, rostro anguloso, mirada oscura, penetrante. De cintura para arriba, era un hombre completamente útil. Y vestía de negro, con lazo al cuello; de etiqueta; como si sus actuaciones tuvieran lugar en el «Metropolitan Opera House». No era así, y él no le concedía importancia. Desempeñaba su trabajo con el máximo decoro.

Bien... Había algo, aquellas muletas apoyadas en el piano, que podían ser la causa de la presencia cotidiana de McRae en «El Buho». Sin embargo, el hecho de que le faltara la pierna izquierda, no parecía influir excesivamente en McRae. Se ganaba la vida interpretando melodías al piano. ¿En «El Buho»? Bien... Tal vez llegaran tiempos mejores.

—¿Qué te parece? —repitió McRae.

—Sigo opinando que usted podría elegir, McRae. ¿O piensa agotar aquí su vida? —respondió el desconocido.

—Podría ocurrir que no sea yo quien decida —suspiró McRae.

—Vuelve a equivocarse, McRae. Es usted quien debe decidir.

McRae miró fijamente a aquel hombre. Miró luego el teclado del

piano, e inquirió:

—¿Piensa proponerme algo?

—Así es. No obstante, tengo que aclarar algo inmediatamente: no me interesa usted como músico.

—¿Entonces?

—Me llamo Robert Wickersham, y soy editor —dijo aquel hombre.

—Editor... ¿De qué?

—Semanarios de actualidad.

—¿Por qué le intereso? —inquirió McRae.

—Usted fue un espía famoso —dijo Wickersham.

McRae sonrió débilmente. Miró de nuevo al teclado del piano. Posiblemente, sentía pudor por lo que pudieran expresar sus ojos ante un desconocido.

—Espía no es la palabra exacta —murmuró McRae—. Fui un agente del Gobierno de Estados Unidos.

—Concretamente, del

F. B. I.

—Exacto:

F. B. I.

—musitó McRae.

—Su vida ha sido muy agitada.

—¿Se nota? —ironizó, sin amargura en su tono, McRae.

Wickersham dirigió una rápida mirada al lugar donde debería hallarse la pierna izquierda del exagente del

F. B. I.

Se humedeció los labios y dijo:

—No tuvo suerte, McRae. Y yo estoy aquí para proponerle algo muy concreto y a todas luces ventajoso para usted. Ni que decir tiene que yo espero obtener también un beneficio, incluso más importante que el suyo. Pero podemos cerrar un trato a satisfacción de ambos.

—¿Qué dase de trato? ¿Qué le interesa de mí?

—Editar sus memorias, McRae.

—No.

Wickersham parpadeó ante la rápida negativa. Bebió un poco de *whisky*; dejó caer la colilla, y la aplastó con la suela del zapato.

—No ha meditado tan siquiera unos segundos mi proposición,

McRae —murmuró Wickersham—. ¿Por qué?

—Mis actuaciones constituyen otros tantos secretos que pertenecen al Gobierno, señor Wickersham. Usted debería haberlo comprendido. No puedo hablar. Y... si sabía algo, lo he olvidado ya. Lo he olvidado todo, en realidad. Ahora sólo me interesa la música. Confieso que de no haber sido espía me hubiese dedicado a la música. Ahora puedo hacerlo. Como agente de... digamos «daga y antifaz», acabé hace casi dos años. Como músico, empiezo ahora. Me siento muy ilusionado con esta nueva faceta de vida. Es, simplemente, una más, pero estoy convirtiendo en realidad una ilusión juvenil.

—En «El Buho» —murmuró, velando su desprecio, Wickersham.

—En «El Buho», sí. Es para empezar.

—O para terminar. De aquí no se va a ningún sitio, McRae. En cambio, yo le ofrezco cien mil dólares por contarme su vida.

—No puedo, señor Wickersham.

—¿Por fidelidad al

F. B. I.?

No le han tratado muy bien, McRae. Le abandonaron cuando usted les necesitaba.

—Se equivoca. Fui yo quien abandonó al

F. B. I.

Bien... Cobré mis derechos por invalidez y se me ofreció un empleo administrativo en la Delegación de Nueva York. Rehusé. Yo no sirvo para administrativo. No podría soportarlo. Tampoco podía seguir actuando como agente especial, lo cual es fácil de comprender: acabaron con el agente McRae cuando me volaron la pierna izquierda. Y... decidí dimitir y dedicarme a la música; un poco tarde, pero me gusta. Prefiero tocar en «El Buho» que ser un empleado administrativo del

F. B. I.

Pero, repito, la decisión fue mía. Ellos se limitaron a respetarla.

—Está bien... Pero publicar ahora los resultados de sus actuaciones no creo que perjudique al Gobierno.

—Aun así, señor Wickersham, mi respuesta es no. Ya le he dicho que lo he olvidado todo. Ahora soy Michael McRae, pianista de «El Buho». Nada más. No importa lo que fui.

Wickersham meneó la cabeza.

—Yo sólo quería ofrecer al público una vida interesante, McRae. El público, generalmente, ignora. Y, aparte de los beneficios materiales que supondría editar sus memorias, podríamos ofrecer al público una vida dedicada a los intereses del Gobierno. Una vida emocionante, McRae. El público es aficionado a los hombres como usted.

McRae sonrió levemente. No se alteraba, si bien sus negras pupilas, profundas, con brillo, escrutaban a Wickersham.

—Bien... Podría ofrecerles ciertos capítulos interesantes, señor Wickersham. Pero... ¿y el final?

—Bueno... No hay que preocuparse por eso...

—Yo creo que sí, señor Wickersham. La gente querría saber el final de mi historia. Yo creo que eso no se puede ofrecer a nadie. El público no comprendería que un brillante agente del Gobierno hubiese acabado tocando en «El Buho». Eso es un poco... triste, gris. Un final que a la gente no le gusta, precisamente porque no lo entendería. Por tanto, definitivamente, no.

Wickersham sonrió cortésmente.

—McRae..., medítelo. Son cien mil dólares. No me opondré, en absoluto, a que recabe autorización del
F. B. I.

Si es preciso, alguna de sus misiones pueden quedar en secreto. Espere... No diga nada ahora. Yo me marchó. Medite. Esperaré su respuesta. Guarde mi tarjeta.

Wickersham había extraído su cartera, y de ella una tarjeta de visita. McRae la tomó, y, sin mirarla, la guardó en un bolsillo. Daba la impresión de que en menos de dos segundos habría olvidado para siempre aquella proposición.

—Incluso es posible que pueda mejorar la oferta, McRae. Dependería del éxito de la obra, ¿comprende? —dijo Wickersham.

—No se haga ilusiones, señor Wickersham.

—Me limitaré a esperar sus noticias. Buenas noches, McRae.

Robert Wickersham se inclinó ligeramente como despedida. Luego, caminó hacia la barra, dejó el vaso y pagó sus consumiciones. Poco después abandonaba el local.

McRae, inclinado sobre las teclas, con los ojos cerrados, pensaba intensamente en aquello, pese a su aparente indiferencia. Nada menos que cien mil dólares por su vida...

Sus memorias...

¿Cabrían en un solo volumen?

La idea le hizo sonreír.

Y alzó la cabeza, un poco sobresaltado, cuando oyó aquella voz femenina junto a él:

—¿Qué quería ese tipo, Michael?

McRae miró a la joven. Una morena espléndida; rostro ovalado, moreno; grandes ojos negros; boca roja, de labios gordezuelos, apenas retocados con una leve capa de «rouge». Cuerpo bien formado, de formas generosas, apretadas por el conjunto de lanilla rosa que llevaba, y que hacía destacar poderosamente su final piel morena.

—Hola, Berta —dijo McRae.

—¿Qué quería, Michael? No me has contestado.

—Bien... Hablábamos de Chopin —respondió, evasivo, McRae —. Acércame las muletas, Berta.

En silencio, Berta tomó las metálicas muletas y las dejó al alcance de McRae. Éste se incorporó, acomodándose a los aparatos, sin mirar a la joven.

—Te ocurre algo, Michael —murmuró Berta.

—En absoluto.

—Quizá has recibido una oferta de ese hombre y no has aceptado por... ¿Por qué? En «El Buho» no tienes porvenir. Nadie de aquí lo tiene.

—«El Buho» no es tan malo como todo eso, Berta. Yo aquí tengo libertad de acción, excepto de las ocho de la noche en adelante. Mis necesidades son escasas; las cubro. Soy feliz aquí, Berta. Por lo demás no me hizo proposición alguna.

Sin más, echó a andar auxiliado por sus inseparables muletas. Se dirigía hacia los excusados. Berta quedó junto al piano. Cuando perdió de vista a Michael McRae, la joven vio la colilla que estaba quemando la madera del instrumento. De un modo maquinal la echó al suelo.

Luego, caminó hacia una mesa desocupada. Como cada día a aquellas horas, el local empezaba a animarse. Se veía gente en la barra; hombres y mujeres que trataban de animar una conversación entre ellos. Las camareras muy sonrientes, muy pintadas. También había chicas aburridas e indiferentes.

En los excusados, las resonantes muletas de McRae pasaron de largo, dirigiéndose, por una puerta lateral, hacia el teléfono. No había nadie por aquellos alrededores, y McRae extrajo la tarjeta de Wickersham del bolsillo y la dejó sobre la tablilla; tomó el listín telefónico y buscó los datos que indicaban aquella tarjeta.

Exactos. Allí estaban: «Publicaciones Wickersham». En la calle 11 Este. Teléfono WOrt 2-1520.

Pensativo, McRae cerró el listín y extrajo un «níquel» del bolsillo. Unos segundos más tarde, discaba un número de teléfono.

Era un hombre joven, alto, enjuto. Vestía una gabardina muy usada; sus zapatos marrones presentaban cortes a la altura de los meniques de ambos pies. Barba de tres o cuatro días; barba rubia, no muy cerrada. Tenía el cabello también rubio, desgredado. Los ojos grises. Todo en su aspecto indicaba que las cosas no le iban demasiado bien.

En su diestra llevaba la funda de un violín, vieja también, despellejada.

Estaba parado casi junto a la barra de «El Buho», recibiendo alguna que otra mirada conmisericordiosa. Porque la cosa estaba bien clara: aquel tipo del violín buscaba trabajo. Y no estaba mal aquel hombre... Lástima que no pudiera usar un traje decente y un buen abrigo.

Tímidamente, el hombre del violín sorteó las mesas en dirección al piano, tecleado en aquellos momentos en una combinación de «jazz» por McRae.

El del violín permaneció quieto y callado, detrás de McRae, hasta que concluyó la pieza. Luego, carraspeó.

McRae volvióse a mirarle. Durante unos segundos, observó atentamente, sin el menor disimulo, el rostro del presunto violinista. Luego, más rápidamente, la mirada oscura, impenetrable, de McRae, recorrió el resto de aquella figura en decadencia.

—Me llamo Jake —murmuró el del violín.

—¿Qué tal, Jake? —sonrió débilmente McRae.

—No muy bien. ¿Quiere... quiere oírme tocar?

—¿Estás seguro de que te interesa «El Buho», Jake? —inquirió McRae—. No es demasiado bueno.

—Temo no poder aspirar a mucho más —suspiró Jake—. Y necesito dinero para lo indispensable. Creo que salta a la vista.

—Sí...

—¿Toco?

McRae miró hacia la barra. No estaba el dueño del cafetín. Estaría con cualquiera de aquellas chicas que... Bien. No importaba. Mejor que no estuviera presente. Por lo demás, en el local había excesivo bullicio en aquellos momentos. Para McRae ya no tenía importancia el hecho de tener que tocar con la casi completa seguridad de que nadie le escuchaba. Pero... aquello debía desmoralizar a un hombre que buscaba trabajo.

—¿Qué puedes tocar, Jake? —inquirió.

—Lo que sea.

—Nada lacrimoso.

—He dicho lo que sea —insistió, con suave firmeza, Jake.

—De acuerdo... Pero no aquí.

—¿Quiere decir que...?

—Iremos adentro, Jake —atajó McRae—. Puedo hacer que el dueño te contrate, pero lo que no puedo hacer es estafarle. Se necesita un mínimo de calidad para tocar en público... aunque sea en «El Buho».

—Comprendo —murmuró Jake.

—Alárgame las muletas.

Jake miró aquellos aparatos. Cuando dio un par de pasos, y alargaba las manos para tomarlas, ya se le habían anticipado. Era una mujer; Berta, la impresionante morena, que aquella noche vestía de rojo, y como siempre un vestido apretado, pegado a sus formas. Berta alargó las muletas a McRae, sin dejar de mirar a Jake.

—Gracias, Berta —musitó McRae.

—¿Va a... tocar? —inquirió Berta, señalando con la redonda barbilla a Jake.

—Sí.

—¿Puedo escuchar?

—Se pondría nervioso —rió, suavemente, McRae.

Aquello era una negativa. Berta debía conocer un poco a McRae, puesto que no insistió. Siguió con la mirada a los dos hombres, que se dirigían hacia las interioridades del local, seguramente al cuarto destinado a vestuario de McRae, pero que éste no utilizaba nunca.

McRae siempre vestía igual: de etiqueta.

Berta se apoyó en el piano, esperando.

Mientras, los dos hombres habían abandonado ya la sala, y las muletas de McRae iban produciendo un sordo ruido. Jake no despenaba los labios. Se limitaba a observar a su alrededor, mirando de soslayo a McRae.

Vaya... Aquel hombre era McRae...

Tenía personalidad, y debió tenerla más acusada antes de perder la pierna.

Fue McRae quien empujó la puerta de la habitación que le correspondía, y luego encendió la luz. Penetró en el cuarto, donde había un viejo tocador con el espejo amarillento, una silla y un armario. Dijo:

—Entra, Jake. Y cierra la puerta.

Jake obedeció, tras escrutar rápidamente aquel cuarto. Unos segundos más tarde, se enfrentaba a McRae. Siempre en silencio, abrió la funda y extrajo el violín, completamente de acuerdo con el aspecto de su dueño. Tomó el arco.

Un instante después, Jake iniciaba una melodía. Tocaba con los ojos entornados, y parecía no notar la presencia de McRae, quien se había sentado en la silla, con sus ojos muy fijos en Jake.

II

SIN abrir totalmente los ojos, y sin dejar de tocar, Jake inquirió:

—¿Quién es ella, McRae?

—¿Te refieres a Berta?

—Sí.

McRae se encogió de hombros.

—Una de tantas. Llegó aquí un día; apareció de súbito, como cualquier otra, y se quedó. Tal vez le agrade este ambiente. Berta no es de las peores.

—Ya... Vayamos a lo nuestro, McRae. A raíz de su llamada al inspector Finch, éste está bastante agitado. Pese a que todo es muy vago, inconcreto, el inspector Finch afirma que existen noventa probabilidades entre cien de que ocurra algo. ¿En qué se basa, McRae? Hasta ahora, lo único que ha ocurrido es que usted ha recibido una oferta por la publicación de sus memorias. ¿Qué más?

—Nada más, por ahora —sonrió McRae.

—¿Entonces?

—Empecemos, por ejemplo, hablando de la cifra. Cien mil dólares es mucho dinero. Y si bien es cierto que yo llevé a cabo algunas misiones de importancia, no creo que mi vida sea demasiado conocida. Ese Wickersham la considera interesante sin conocer detalles. Eso al menos es lo que yo creo.

—Si Wickersham está realmente interesado por sus memorias, publicará lo que usted quiera, McRae.

—Wickersham sólo pretende acercarse a mí, Jake, o... ¿cómo te llamas?

—Lyndon Mitchell.

—¿Te das cuenta, Mitchell? Y voy a darte más detalles. Hubo,

hace algo más de dos años, un «*crack*» en Viena...

—¡Lo de Viena...! —atajó Mitchell—. ¿Quién sabe lo que ocurrió en Viena, McRae?

McRae rió secamente.

—Es cierto —dijo—. Se archivó el asunto y está en el apartado de Máximo Secreto. Lo que opino es que si alguien siente interés por mí ha de ser por aquel «*affaire*». Forzosamente, Mitchell. Y... creo que necesito la protección del

F. B. I.

Por otra parte, al

F. B. I.,

le interesa el asunto.

—¿Y qué quiere que hagamos, McRae? ¿Sabe algo concreto de ese Wickersham?

—Absolutamente nada. Afirma ser editor. Me dio una tarjeta de visita, y comprobé los datos en el listín telefónico. A vosotros corresponde averiguar lo que sea; y no creo que sea difícil, Mitchell. E insisto en lo de mi protección personal.

Sin dejar de tocar, Lyndon Mitchell miró a McRae a los ojos.

Bien... Había oído hablar de McRae. Y el inspector Finch le había puesto al corriente de la personalidad de aquel hombre.

McRae había sido un agente duro y silencioso; inteligente, cauto. Rebosaba valor... Habían cambiado las cosas: McRae era un mutilado que tenía miedo. Aunque no se notara en sus pupilas muy negras.

—McRae... ¿no estará fantaseando? —inquirió, de súbito, Mitchell.

—No. Sé lo que quieres decir, Mitchell. Opinas que mi cerebro no está muy firme; cosas de mi vida anterior, de un pasado erizado de peligros y fuertes emociones. Quizá creas que subconscientemente no me resigno, y de ahí nace una manía persecutoria.

Mitchell estuvo a punto de dejar de tocar, a causa del asombro. Diablos, diablos... McRae seguía siendo agudo y certero, porque aquello era, exactamente, lo que pensaba Mitchell.

—Bien... —empezó el agente especial.

—Espera, Mitchell. Voy a decirte algo: soy el mismo de siempre. Un poco más viejo, me dedico a vivir en paz; a tocar el piano en «El

Buho»; mis fuerzas físicas no son las mismas... Pero yo sí soy el mismo; mi cerebro es el mismo. Me di cuenta cuando hablaba con Wickersham. No he cambiado en lo fundamental: instinto, intuición, llámalo como quieras. No fallo, Mitchell. Y las cosas han cambiado para mí, es fácil de comprender. Si me matan, el

F. B. I.,

no tiene por qué intervenir. Sería un asesinato corriente. No obstante, el

F. B. I.,

se ocupará del caso, si yo os pongo en antecedentes y demuestro que os compete el asunto.

—Hágalo, McRae. Me gustaría poder ayudarle.

McRae sonrió.

—Así está mejor, Mitchell. Esto..., eres un violinista bastante aceptable. Creo que te conseguiré el empleo.

Por primera vez, Mitchell sonrió. Se le formaron unas duras arrugas en torno a la boca. Dejó de tocar.

—Volvamos a la sala —dijo—. Llevamos diez minutos aquí.

—Sí, vamos. Me alegro de que estés aquí, Mitchell. Confío en ti. De todos modos, no creo correr peligro, hasta persistir en mi negativa, de modo que Wickersham se canse de insistir por las buenas.

—¿Qué quiere saber Wickersham? —inquirió Mitchell.

McRae miró al hombre del

F. B. I.

Un segundo después, aunque daba la impresión de que seguía mirándole, Mitchell se dio cuenta de que aquel hombre estaba muy lejos de allí mentalmente. Y McRae sonreía débilmente, con perceptible ironía. McRae estaba viviendo un poco todo aquello que constituyó su más rotundo triunfo, y el más secreto. ¿Cuántos hombres sabían la verdad?

—¿No responde, McRae? ¿O no tiene verdadera noción de lo que busca Wickersham?

—Creo que sí... Documentos, a un espía, a un científico vienes... Wickersham busca muchas cosas.

Mitchell meneó la cabeza. No insistió, puesto que todo aquello estaba por demostrar.

—Está bien. Vamos.

Salieron de aquel cuarto, regresando a la sala. Poco después, McRae estaba sentado de nuevo frente al teclado del piano. Dijo:

—Siéntate por ahí, Jake. Ya te avisaré cuando hable con el dueño de esto.

—De acuerdo —gruñó Jake.

Se alejó del piano, buscando un rincón discreto donde pasar desapercibido. Debía seguir aparentando timidez. Sólo era un hombre que buscaba un empleo. Sorteó unas mesas, dirigiéndose a un rincón, cuando notó que tiraban de su manga. Miró. Era ella, Berta.

—Siéntate aquí —dijo la mujer—. ¿Eres amigo de McRae?

Mitchell titubeó unos instantes, antes de sentarse. Musitó:

—Espero serlo. Ha dicho, que me procurará el empleo.

—Lo celebros.

Callaron.

Mitchell disimulaba su interés por lo que insinuaba el busto bien formado de Berta. Le gustaba la piel morena de ésta, joven y brillante; le gustaba aquella figura cimbreante, plena de insinuaciones; la boca de Berta, llena y jugosa; sus ojos grandes y rasgados... Berta, por su parte, fumaba un cigarrillo, lentamente. No parecía pensar en nada. Fumaba, sencillamente. Miró, un poco sorprendida, a Mitchell, cuando éste inquirió:

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Eres amiga de McRae?

—Bien...

—¿Compasión? —inquirió Mitchell.

Berta sonrió. Meneó la cabeza.

—No le conoces, Jake. McRae no necesita compasión. Es un hombre fuerte pese a su mutilación. Otro tipo estaría hundido, desmoralizado. Él no. En absoluto. Se toma completamente en serio su trabajo. Viste de etiqueta. ¿Sabes?, al principio todo eran burlas; le llamaban «cuello duro». Ahora... le respetan. Yo también. En mi opinión, es un hombre interesante.

—Ya... ¿Te liga... algo a McRae?

Berta sonrió burlonamente.

—Nada, Jake. Por lo menos, en el sentido de tu pregunta.

—Comprendo.

Callaron de nuevo. Mitchell daba la impresión de estar un tanto nervioso, cohibido. Berta seguía inmutable.

—Berta..., me gustaría invitarte...

—No te preocupes, Jake. No importa.

—De todos modos, creo que estorbo aquí.

—¿Por qué?

Mitchell echó un vistazo en torno. Rápido, fugaz. Ya casi todo eran parejas. Algunas bailaban al ritmo del piano. Otras se limitaban a beber...

—No quisiera molestarte, Berta —musitó Mitchell.

—Entiendo. Supones que tu presencia impide que se aproxime un posible cliente, o algo así. Tranquilo, Jake. Yo sólo espero a un hombre. A uno solo. Por más raro que te parezca.

—¿En este ambiente? —inquirió Mitchell, mirándola a los ojos.

—¿Por qué no, Jake? Es una atmósfera de gente desmoralizada. Yo lo soy... hasta cierto punto. Puedo ayudar a alguien, y a mi vez recibir apoyo. Hace cosa de un mes que recalé aquí, Jake. Conocí a McRae, y me dije que podía esperar aquí. Lo mismo da un sitio que otro, y viendo a McRae imagino que la atmósfera no es tan sucia. Yo... no puedo ir a otro sitio. Es fácil de comprender.

Mitchell asintió con la cabeza.

—Sí, Berta. Pero... ¿crees que de dos desmoralizados puede salir algo bueno?

—Estoy convencida —musitó Berta—. Y hasta podría hallarse la felicidad. A casi todos los que estamos aquí nos ha ocurrido algo doloroso. Es más fácil, pues, hallar la comprensión de alguien que, cuando menos, ha sufrido tanto como una misma. Aunque yo no me conformo con comprensión, Jake.

Lyndon Mitchell sintió una oleada de calor en sus venas. Berta le miraba con fijeza; sus ojos brillaban, parecían querer indicar algo.

—Quieres también amor —musitó Mitchell.

—Sí, Jake.

Mitchell notó que estaba cambiando el ambiente de «El Buho». Al menos, para él. Ya no le parecía la sala alborotada y sucia, donde privaban los negocios. Le parecía todo un poco más dulce; sólo veía a Berta, con su llamativa figura y sus extraños deseos. Berta quería amor... Y le miraba a él con fijeza. También parecía alejada del ambiente del cafetín.

Ni siquiera notaron que se aproximaba McRae. El rumor del local ahogaba el sonido de las muletas.

—Jake.

El agente especial respingó. Miró a McRae, cuya boca estaba plegada en una sonrisa extraña; refulgían sus ojos.

—Sí, McRae —musitó Mitchell.

—Vuelve mañana..., a trabajar. Todo listo. Ganarás setenta y cinco dólares semanales. No es mucho, pero irás prosperando.

Jake pareció aliviado.

—Me conformo por ahora, McRae —dijo—. Gracias.

—Tranquilo.

Y McRae se alejó de allí, dejándoles solos nuevamente. Berta seguía a McRae con la mirada. Permaneció un rato silenciosa, sin mirar a Mitchell. Al fin, cuando miró hacia el joven, inquirió de súbito:

—¿Tienes dónde dormir, Jake?

—Pues... no. La verdad es que esperaba empezar a trabajar esta misma noche, Berta.

—Ya... ¿Vienes conmigo? Tengo un apartamento. Para dos, Jake.

—No sé si...

—Puedes probar, Jake. No ocurrirá lo que no queramos que suceda.

—¿Crees que yo soy el hombre que esperabas? —susurró Mitchell.

Berta se incorporó en silencio. Se acercó a Mitchell, se inclinó, y le besó en los labios, cálidamente. Luego, le miró a los ojos.

—Tal vez sí, Jake —musitó.

—Si te equivocaras...

—Una decepción más atajó Berta. —Voy a buscar el abrigo.

—Te espero en la calle —dijo Mitchell.

Berta echó a andar hacia el guardarropa. Afortunadamente, había allí más gente, y Mitchell calculó que disponía de cinco minutos. Era suficiente. Caminó con lentitud hasta llegar a la puerta del local. Tan pronto las puertas se cerraron tras él, recorrió a largas zancadas el pasillo que conducía a la calle. Una calle estrecha y con poca luz. La que más destacaba era la procedente del luminoso anunciador de «El Buho».

Mitchell se metió en el portal contiguo al del local y aguardó unos segundos. Vio la silueta de un tipo alto y fuerte, con la gabardina entallada y el cuello subido.

—Lyndon —llamó el tipo.

—Atento, Belmont. Voy a salir con una mujer. McRae queda solo en el local. Es poco probable que ocurra algo, pero debes seguirle a dónde sea. Supongo que cuando termine regresará a su apartamento. No le pierdas de vista. Se trata de protegerle, ¿comprendes? Si recibe visitas, lo anotas, detallando la hora.

—¿Va en serio el asunto, Lyndon? —inquirió Belmont.

—No lo sé, Belmont. De veras. Supongo que sí.

—¿Y esa mujer?

Mitchell meneó la cabeza. Sonrió vagamente.

—Es sensacional, Belmont —dijo—. Y busca amor de un desgraciado y en «El Buho». No me parece lógico. De todos modos, las hay neurasténicas. También podría ser que buscase algo. No sé el qué, ni hasta qué punto puede estar relacionada con McRae y asuntos de espionaje. Trataré de averiguarlo. Y lárgate. Va a salir.

—«O. K.».

Belmont desapareció, y Mitchell salió a la calle, soportando la fina lluvia que caía. Su raída gabardina no parecía ser una gran defensa contra el frío y la lluvia. De todos modos, Mitchell, tenso, no parecía reparar en aquellos detalles.

Vio salir a Berta, enfundada en un abrigo oscuro, moderno, con cuello de piel. Ella le sonrió. Poco después, caminaban por la estrecha acera encharcada, muy juntos.

—Es en la calle Baxter —musitó Berta—. Jake..., quería hablarte de un asunto que me preocupa. Se refiere a McRae.

—¿Qué le ocurre? —inquirió Mitchell, poniéndose en guardia.

—Bien... ¿No sabes nada de McRae? ¿De veras?

—No. Le he conocido hoy, Berta.

—Ya... Escucha: yo no sé mucho. McRae es reservado y no le gusta hablar de lo que era antes de emplearse en «El Buho». Pero he oído decir que fue espía o algo así; un gran tipo. No lo dudo, porque lo sigue siendo. Pero... ¿tú rechazarías cien mil dólares si alguien te los ofreciera por publicar tus memorias?

Mitchell silbó tenuemente.

—No me digas que McRae ha rechazado esa oferta.

—Lo hizo. No quería hablarme de ello, pero insistí y me lo confesó.

—Diablos...

—¿Quieres ayudarme, Jake?

—Bien... ¿Qué puedo hacer yo?

—Parece que le has caído bien a McRae. Y yo le aprecio. Entre ambos podríamos convencerle para que aceptara. Sin interés económico alguno por nuestra parte, claro está. Sencillamente, convencerle de que no debe despreciar esta oportunidad. Imagino que McRae no conoce realmente el valor del dinero. Y cien mil dólares sería la solución para él.

—Eso es cierto, Berta. Para cualquiera.

—¿Me ayudarás?

—Haré lo que me digas.

Siguieron caminando, en silencio. Mitchell pensaba que Berta había descubierto muy pronto sus intenciones: ayudar a conseguir esos cien mil dólares a McRae... para disfrutarlos con el propio McRae. Lo de que no tenía el menor interés económico era un cuento de hadas. Uno no es tan imbécil como para confundir a Berta con una samaritana. Nada de desintereses y amores puros. Aquélla cursilería no pegaba con Berta.

¿O había algo más, oculto?

Berta hacía un mes que había recalcado en «El Búho», según la propia expresión de ella. ¿Fue casual? ¿Fue por haber localizado a McRae?

Como fuese, la rueda estaba girando. Alguien sería aplastado por aquélla rueda, en el supuesto de que todo aquello no fuese más que una simple fantasía de McRae, lo cual era muy poco probable.

—Hemos llegado, Jake.

Berta se había detenido junto al portal de una casa de apartamentos modestos. Miró a Mitchell a los ojos, y el hombre del F. B. I.,

observó el brillo de aquellas pupilas oscuras. Berta parecía un poco preocupada, como si de pronto sintiera miedo por algo. Sin decir nada, mordiéndose el labio inferior, se metió en el portal, seguida de Mitchell.

Lyndon Mitchell tuvo una idea súbita, y sonriendo en la oscuridad de las escaleras, decidió tomarse ciertas libertades con

Berta. En un rellano, la tomó por la cintura y la pegó a la pared. Notó la crispación de resistencia de Berta, que cesó inmediatamente para corresponder al beso de Mitchell, largo, casi violento.

Berta jadeó, cuando Mitchell se separó de ella. Comprendió que aquel hombre volvería a besarla, y musitó:

—Aquí no, Jake... Arriba...

—Perdona, Berta —dijo, roncamente, Jake.

Siguieron subiendo.

Tercer piso.

Berta, nerviosa, buscó las llaves en su bolso. Notaba a Mitchell muy cerca.

—Ahora tengo un poco de miedo —musitó—. Jake, yo...

—Tranquilízate, Berta. Creo..., creo que yo también te quiero ya.

Berta consiguió abrir la puerta.

Ambos desaparecieron en el interior del apartamento.

III

CON el oído pegado al auricular, Lyndon Mitchell sonreía. Aquella mañana Berta hasta parecía más joven; no estaba tan segura de sí misma como la noche anterior. Tenía sus motivos, claro. Berta se había vestido y dijo que iba a comprar algunas conservas, *whisky*, tabaco... Chucherías. Le miraba de un modo raro, y cuando él la besó, Berta bajó la cabeza. Luego, Lyndon había cerrado la puerta del apartamento, y por la mirilla la vio frotarse rabiosamente los labios.

Pobre Berta... ¿Cómo borraría, entonces, lo ocurrido aquella noche?

Lyndon se puso la gabardina y bajó detrás de Berta. La había seguido. Y las cosas estaban de modo que Lyndon tenía tiempo para telefonear al inspector Finch, sin que Berta llegara a enterarse de que él había abandonado el apartamento.

—Sí, Lyndon. ¿Qué hay?

Era la voz del inspector Finch.

—Una noche dura, señor. Aparte de otras cosas, Berta Romanos se entretuvo en registrar concienzudamente mis ropas; todo lo que llevo encima. Supongo que se sintió triunfadora al descubrir que el violinista no es tal, sino un agente del

F. B. I.

Estuvo contemplando mis credenciales y mi pistola. Tuve que recurrir a todo mi dominio para no saltar, ya que hubo instantes en que creí que dispararía contra mí. Debía estar furiosa, naturalmente. Después de todo lo ocurrido, se entera de que somos enemigos. En fin..., supongo que ella ya lo sospechaba cuando me habló de sus amores y demás martingalas.

—Está bien, Lyndon. ¿Sospecha que te has dado cuenta?

—En absoluto. Posee bastante dominio de sí misma.

—¿Y qué crees que hará?

—Por el momento, lo que ha hecho esta mañana ha sido telefonar a alguien. No he podido averiguarlo; prefiero esperar un poco. Por lo demás, espero que siga su juego.

—¿Qué juego?

—Empiezo a creer que su misión es alejarme de McRae.

—Ya... Entonces, McRae no ha fallado.

—Creo que no. Por todo lo ocurrido, sospecho que Berta está en la rueda; como Wickersham. Posiblemente, alguien más. He pensado que una manera de ir llegando al fondo del asunto es hacerme el tonto con Berta y dejar que ella me distraiga. Aparentemente, abandonaré la vigilancia de McRae. Pero para eso están Belmont y los demás. Cada uno por un lado podemos llegar al final.

—Sí. Es importante no perder de vista a McRae. Ha regresado Belmont con el parte de sin novedad. Le sustituye ahora Palmer. Sigue con esa mujer, Lyndon. Y cuidado. Puede tener otras intenciones. Por el momento, saben que el

F. B. I.,

está interesado en el caso McRae, y eso tal vez les induzca a precipitar los acontecimientos.

—Es posible. Pero Berta está tan inmovilizada como yo. No pienso despegarme de ella a menos que ocurra algo extraordinario. Opino que Palmer y Belmont deben actuar juntos, señor.

—Ya se verá. Necesito información con respecto a Wickersham. Vamos a lanzarnos a fondo, pero discretamente. Si ven mucha vigilancia en torno a McRae pueden retraerse. Y lo que nos interesa es que actúen.

—Comprendo. Trate de averiguar si existe algo de Berta Romanos. Siempre es preferible saber con quién ha de entendérselas uno. Y... me gustaría saber, concretamente, qué buscan. McRae dejó de actuar hace dos años.

—Dejó un buen recuerdo —rió Finch, silenciosamente—. Supongo que McRae lo sabe muy bien. Nosotros lo averiguaremos a su debido tiempo, si Washington informa. Suerte, Lyndon.

Lyndon rió brevemente y colgó el teléfono.

No podía entretenerse demasiado.

Se dirigió hacia el apartamento de Berta y llegó apenas cinco minutos antes que la joven. Lyndon ya estaba sentado en un sillón y ojeaba con indiferencia una revista de «Publicaciones Wickersham».

Le sonrió a Berta y ella devolvió una pálida sonrisa. Ella había dejado la botella de *whisky* sobre una estantería y se quitó el abrigo.

—¿Un poco de *whisky*, Jake? —musitó.

Mitchell asintió con la cabeza. Miraba con fijeza a Berta.

—Berta..., ven. Siéntate aquí; a mi lado.

Berta no pestañeó. Caminó lentamente hacia Mitchell, cuya mirada recorrió el cuerpo esbelto, firme, de aquella mujer, que había cambiado sus vestidos detonantes por un suéter ajustado al busto, y una falda que reventaría de un momento a otro por las caderas. Berta se sentó en el brazo del sillón, junto a Lyndon.

—Berta..., ¿te ocurre algo?

Ella le miró, un poco sobresaltada.

—No-no... ¿Qué me había de ocurrir?

Lyndon miró al suelo.

—Podrías estar arrepentida —susurró.

Berta rió aceptablemente, y dijo:

—Tonto.

Saltó del sillón, quizá intuyendo que Mitchell quería, besarla de nuevo. Preparó un par de *whiskies* y ambos bebieron en silencio, mirándose a los ojos. Lyndon terminó el *whisky* y dejó la salita en silencio. Reapareció poco después, con el viejo violín. —Voy a tocar un poco para ti, Berta— musitó.

Fue un fracaso absoluto como violinista. El dueño de «El Buho» le plantó cinco dólares en la mano a Mitchell y le dijo que no volviera en su vida. El joven había protestado débilmente, sin conseguir absolutamente nada. Un fracaso total.

Pero tenía su explicación.

Aquella noche, McRae no estaba frente al piano; la silla estaba vacía; no se veían las muletas metálicas del mutilado. McRae aquella noche no se había presentado en «El Buho». Mientras tocaba un tema triste y desafinando, además, Lyndon Mitchell empezó a pensar en la reacción del dueño de «El Buho». Era fácil adivinarla: le echaría de allí a patadas..., metafóricamente, claro está. Y el que

le echaran suponía una buena excusa de cara a Berta. Berta, que le estaba mirando, horrorizada y asombrada, desde su mesa habitual.

Y sí.

Fue fácil.

Lyndon Mitchell compuso una muy convincente cara de circunstancias y se acercó a la mesa de Berta con la mano abierta, mostrando en la palma cinco dólares. Al llegar junto a Berta, Mitchell arrugó rabiosamente el billete y lo guardó en un bolsillo.

—Mi precio, Berta —musitó—. Eso es lo que valgo.

—Jake, por favor...

—No, no. No hay por qué buscar explicaciones. No sé... Tal vez si McRae hubiese estado aquí me hubiera animado un poco. Berta..., voy a salir. Necesito estar solo un rato. Quiero que me comprendas. No es agradable fracasar cuando uno..., cuando uno empezaba a forjarse ilusiones; cuando uno empezaba a pergeñar proyectos... Quiero andar solo, Berta; quiero pensar, despejarme. ¿Sabes?, el que haya fracasado hoy no quiere decir que fracase siempre.

—Claro que no, Jake. Paro... quiero estar contigo. Déjame ayudarte, Jake.

—Ya has hecho mucho —murmuró Mitchell, mirándola a los ojos—. Debo haberte decepcionado.

—Jake... ¿por qué dices eso? Te juro que anoche fui feliz como nunca. Y hoy. He vivido un sueño. ¿Qué te ocurre ahora? ¿Crees que te voy a abandonar por un estúpido fracaso, producto de tu nerviosismo? No, no, Jake... Voy contigo.

Mitchell empezaba a impacientarse.

La cosa estaba en que quería deshacerse de Berta y averiguar por sí mismo a qué obedecía la ausencia de McRae, intranquilizadora, extraña, puesto que no se esperaba acción por el momento. Y Berta estaba cumpliendo a la perfección su papel en aquel asunto.

Por eso, Mitchell puso las manos sobre la mesa, y masculló:

—Me estás compadeciendo, Berta. Y... voy a decirte algo: ¡ojalá no te hubiera conocido! Excepto el de hoy, jamás me había importado un fracaso.

Dicho lo anterior, Lyndon Mitchell, con su gabardina y el viejo violín echó a andar hacia la salida del cafetín. ¡Qué diablos...! Berta podía pensar lo que le diera la gana, pero él necesitaba actuar.

Berta podía pensar muchas cosas, pero algo estaba claro: ella no sospechaba que Lyndon Mitchell la había descubierto. Berta podía pensar, por ejemplo, que el hombre del F. B. I.

había premeditado todo aquello, pero no con la intención de desembarazarse de ella.

Y lo que Berta hiciera desde aquel momento importaba muy poco.

Por otra parte, Lyndon estaba casi seguro de que podría encontrarla en su apartamento, o en «El Búho», si fuera necesario. Berta seguía con su papel de amiga de McRae y amante de Jake.

Peor para ella.

Cuando Lyndon salió a la calle, pensó que había desempeñado bastante bien su papel, de cara a Berta. Sí...

Y había algo importante que hacer: McRae. ¿Por qué McRae no había acudido a «El Búho»?

Mitchell caminó rápidamente por la acera, buscando la confluencia de Mulberry con la Bowery.

Allí podría encontrar un taxi. Y en dos minutos se plantaría en el apartamento de McRae, el 220 de Broome Street.

Allí era: el 220 de Broome Street.

Lyndon había dejado el taxi un par de manzanas antes del 220. Caminó, sin que nadie le hiciera caso: un violinista fracasado. ¿Quién diablos iba a mirarle a la cara?

Había luz en algunas ventanas del edificio. No era muy tarde: las diez de la noche, aproximadamente. Incluso era posible que se hubiera precipitado. Pero... McRae era de los que no fallaban por instinto. Él también sabía algo de aquello, si bien por experiencia no podía compararse con McRae.

Y la primera impresión de alarma la obtuvo al no tropezar por allí con Belmont, que debía haberse reintegrado a la vigilancia de McRae. ¿Qué ocurría con Belmont?

Lyndon subió hasta el segundo, piso. Allí no parecía haber la menor señal de vida. Probó a empujar la puerta, esperando lo peor, pero la hoja de madera ofreció la normal resistencia. Bien... De todos modos, no sobraba un vistazo al interior del apartamento. De un bolsillo de su chaqueta, Lyndon extrajo una ganzúa, y quince

segundos más tarde empujaba de nuevo la puerta, que esta vez cedió.

Se metió en el apartamento, completamente a oscuras.

La linterna. Alumbró el corredor, no muy largo; se truncaba para dar paso a una estancia comedor. Hacia allí se dirigió Lyndon, prevenido, con su automática en la mano derecha y la linterna en la izquierda.

Encendió la luz de la salita.

Y oyó la voz:

—Adelante, McRae. Está en su casa. Regresa antes de lo que esperaba.

Y vio flotar una columnilla de humo por encima del respaldo de un sillón. Se fue aproximando. Vio las rodillas femeninas, muy blancas. Se dijo que era una pelirroja de ojos azul-gris, con pecas en el rostro y... ¿Qué diablos hacía allí?

Antes de que forjara alguna idea al respecto, la pelirroja del sillón se incorporó, asustada. Miraba con sus ojos azul-gris

a Lyndon y exclamó:

—¡Usted no es McRae!

—No. No soy McRae... —suspiró Lyndon—. Tampoco soy un ladrón. No me mire así.

—¿Quién es usted? —inquirió la pelirroja.

Lyndon la miró fijamente. Se preguntaba a qué tipo de mujer correspondía aquella pelirroja. Era joven: veinticuatro o veinticinco años. Si bien su rostro era algo pecoso, el óvalo era perfecto. Y los labios rosados; los ojos muy grandes y brillantes. Llevaba su cabellera peinada a la moda; un peinado en turbante, raro, que la favorecía. Y llevaba el abrigo abierto, mostrando sus perfecciones. Porque la pelirroja no, era alta ni desgarbada; su estatura era media, y cada punto de lo que podía apreciarse tenía buen aspecto. Y no había más que recordar sus rodillas para llegar a una conclusión sobre lo demás de sus piernas.

Al no llegar a conclusión alguna, Lyndon dijo:

—Soy amigo de McRae. Me extrañó que esta noche no acudiera a «El Búho». Sólo quería saber si le ocurría algo.

—Comprendo... Yo hace unos minutos que le espero aquí. Soy

periodista, ¿sabe? ¿Cree que me concederá una entrevista?

—¿Por qué no?

—Porque quiero hablar de temas íntimos, y es posible que no le guste. A la mayoría de los inválidos les molesta hablar de su pasado. El de McRae me parece interesante.

—¿Qué sabe de él?

—Fue un espía.

—Ya... ¿Sólo le interesa por eso?

—Oiga: ¿de dónde sale usted? ¿Qué noción tiene de lo que lee la gente hoy? Historias verídicas con chispa. La de McRae la tiene. Y yo tengo que dar a la gente lo que pide.

Lyndon la miró atentamente. Aquella chica decía la verdad, sin sospechar que sus palabras podían tener consecuencias ante el F. B. I.

Podía ser casual que también tratara de bucear en la vida de McRae. Y podía no serlo. De todos modos, Lyndon quiso ir a lo suyo. Lo que más le estaba preocupando era la ausencia de Belmont en su puesto. Así que dejó a la pelirroja y se dirigió hacia el dormitorio de McRae. La pelirroja, intrigada, curiosa, fue detrás del hombre del

F. B. I.

Lyndon encendió la luz del dormitorio de McRae. E, inmediatamente, supo que no se había equivocado: allí estaban las muletas de McRae, apoyadas contra la mesita de noche. O sea: McRae había salido de allí sin muletas... ¿Cómo? No por sus medios, naturalmente.

Recordó las palabras del inspector Finch: «... tal vez precipiten los acontecimientos al saber que interviene el F. B. I...»

Se habían llevado a McRae. Y no era cosa de un hombre solo, por supuesto.

¿Y Belmont?

De súbito, se volvió hacia la pelirroja y la atrapó de una muñeca. Apretó y obligó a la joven a acercarse a él.

—¿Desde cuándo estás aquí? ¿Qué has visto? ¿No se te ocurrió mirar en el dormitorio de McRae? —interrogó rápida, duramente.

—¡Suélteme! ¿A mí qué me importa lo que haya en el dormitorio de McRae? —estalló la pelirroja.

—¿Cómo te llamas? ¿Dónde trabajas? ¿No te has dado cuenta?

Ésas son las muletas de McRae. Lo cual quiere decir que no ha salido de aquí voluntariamente; se lo han llevado. ¿Qué has visto? Responde.

La pelirroja se soltó, por fin, de la mano de Lyndon. Retrocedió, hasta que su espalda chocó contra el ropero del cuarto. Con los ojos redondeados por el miedo, escrutó atentamente a Lyndon.

—¿Y usted quién es? —susurró.

—

F. B. I.

Voy a advertirte, sin embargo, que de esto ni una palabra en tu periódico, ¿estamos? Es cosa seria...

—Me llamo Trudy Egan —musitó la pelirroja—. No..., no diré una palabra. Pero... ¿de veras ha desaparecido McRae? ¿Ésas..., ésas son sus muletas? Pero... no comprendo...

—Cállate ahora. Han registrado la habitación. ¿Cuánto hace que llegaste?

—Quince minutos... más o menos —susurró Trudy—. Oiga, yo..., yo no sabía... ¿Por qué interviene el

F. B. I.?

Usted no tiene aspecto de agente del

F. B. I.,

oiga. Y..., y ese violín... Me está engañando. ¡No se acerque! —chilló Trudy.

—No chilles —murmuró Lyndon Mitchell, acercándose a la joven hasta acorralarla junto al ropero—. Déjate de histerismos, Trudy. Repito que la cosa va en serio. Dime: ¿nadie te ha seguido hasta aquí? ¿No has visto a nadie?

—No..., no. Es... estoy sola...

—Buena noticia, pequeña. Eres muy bonita.

Trudy no captó, a causa del miedo, la chispa irónica de las pupilas de Lyndon.

—Por favor... —musitó—. Yo..., yo quiero irme.

—Ya no puedes, Trudy. Al menos, por ahora. ¿Quién te mandó a investigar en la vida de McRae?

—Nadie. Se lo juro. Fue iniciativa propia. Trabajo en el «Herald». Quería..., quería algo sensacional. Usted no debe ignorar lo que es el periodismo...

—Claro que no, Trudy. ¿Conoces a Wickersham?

—No.

—¿A Berta?

—¿Qué..., qué Berta? Le juro que no...

—¿Había visto alguna vez a McRae?

—¡No, no, no! —estalló la pelirroja.

—Bueno, cálmate.

—Quiero..., quiero irme...

—Espera.

Lyndon le volvió la espalda a Trudy. En otras circunstancias, la cosa hubiese ido por otros derroteros en lo que concernía a Trudy. Sin embargo, los acontecimientos aconsejaban austeridad y calma. McRae había desaparecido. Raptado, claro. Y Belmont podía seguir detrás de él, o podía ser que no. Por lo pronto, a simple vista no parecía que en el cuarto de McRae pudiera hallarse algo interesante. A excepción de ciertas fotografías de músicos y orquestas célebres pegadas a las paredes, pero en aquellos momentos no ofrecían mayor interés.

De súbito, Lyndon Mitchell se volvió hacia Trudy. Vio a la joven muy pálida, en extraña postura. Y el grito...

IV

AL principio, Trudy sintió una fuerte presión en su espalda. Era la puerta del ropero, que se estaba abriendo. Se separó de la puerta y fue cuando empezó a gritar. Porque, lentamente primero, y velozmente, de un modo fugaz, después, la puerta se abrió totalmente, dejando ver a un hombre metido en el armario; un hombre alto y de buena figura con la gabardina entallada y el cuello de la misma subido.

Un hombre con sus ojos claros muy abiertos, que fue descendiendo, ante la espantada Trudy, hasta caer recto de bruces al suelo. Produjo un choque escalofriante.

Y Trudy volvió a gritar.

Aquel cuchillo... Asomaba la empuñadura por entre los omóplatos de aquel hombre. Estaba muerto, claro...

Y la gabardina llena de sangre...

Mortalmente pálida, sintiendo violentas arcadas.

Trudy tuvo que apoyarse en la pared, de espaldas al cadáver.

No pudo ver a Lyndon Mitchell; no pudo captar la durísima expresión del rostro de aquel hombre barbudo, raído, de cara casi chupada. Ni pudo ver a Lyndon cuando se acercaba al muerto y se inclinaba junto a él.

—Ya lo ves, Belmont —musitó Lyndon—. Iba en serio...

Le tocó el cuello; ni rastro de calor, de vida. Hacía más de una hora que Belmont había sido sorprendido; asesinado por la espalda, con un cuchillo escalofriante. Y se habían llevado a McRae... Era cierto, pues, que el descubrimiento por parte de Berta de que él era un agente del

F. B. I.,

había precipitado los acontecimientos. Lo que no sabía Berta era

que, a su vez, había sido descubierta. Lo importante, pues, era que Berta estuviese confiada. Mala suerte, Berta. Muy mala. Matar a un hombre del F. B. I..., Muy mala suerte.

Lívido el rostro, Lyndon se incorporó. Llamó:

—Trudy.

La joven se estremeció. Se volvió, evitando mirar al muerto.

—Us... usted no supondrá que yo..., que yo...

—No. Tranquilízate. Se trata, sencillamente, de que me hagas un favor. Llama a la Delegación del

F. B. I.

Inspector Finch. Cuéntale lo que quieras, pero dile que Lyndon Mitchell está con el cadáver, y espera.

—¿Usted es Lyndon Mitchell?

—Sí... Date prisa, pequeña. Ah... Vuelve por aquí, ¿comprendido? Yo no tengo ganas de perder el tiempo contigo explicándote por qué nada de esto debe aparecer en los periódicos. Será cosa del inspector Finch. Hasta ahora, Trudy.

Trudy casi corría por el pasillo.

Lyndon no sonrió. Miró gravemente al muerto. Belmont había sido un buen muchacho; fuerte, limpio...

¿Había sido Wickersham?

En todo caso, más de un hombre, ya que estaba claro que a McRae le habían transportado.

Sus muletas seguían allí...

—... y ahora váyase, señorita Egan.

Trudy había escuchado cabizbaja al inspector Finch. No cabía ya duda; aquéllos eran hombres del

F. B. I.

En cuanto al extraño aspecto del tal Mitchell, debía obedecer a cosas del oficio. Trudy escuchó los motivos del inspector Finch. Espionaje, intereses del Gobierno, silencio por el momento... De acuerdo: por el momento.

Destellaron las pupilas de Trudy cuando el inspector Finch hubo acabado de hablar. La joven miró a Finch y a Lyndon, que habían quedado solos después de la retirada del cadáver y la intervención de los equipos técnicos del

F. B. I.

Les miró. Asintió con la cabeza.

—Ni una palabra —musitó—. ¿Puedo irme? El espectáculo no era...

—Váyase, señorita Egan —atajó el inspector Finch.

Trudy se marchó. Los dos hombres del

F. B. I.,

quedaron solos en la habitación de McRae.

Los dos hombres encendieron cigarrillos. El inspector Finch se daba cuenta de que Lyndon estaba pendiente de él. Lyndon esperaba algo. No era posible que las pistas estuviesen cortadas, así, de súbito. Conocía a Wickersham, a Berta...

—Lyndon..., sólo nos queda Berta Romanos —dijo, de súbito, el inspector Finch—. Se ha investigado a Wickersham, y su historia puedo explicártela brevemente. Se graduó en derecho; fracasó al establecerse, y cuando lo de Corea, tendría unos veinticinco años, se hizo corresponsal. Estuvo en diversas acciones, y no se distinguió por su letra política. Wickersham hablaba de la guerra, de los resultados de las batallas. Era un escritor ameno, sin excesiva profundidad. Regresó al país y unos años más tarde, después de recorrer diversos periódicos, se estableció en su actual negocio de ediciones. Se muestra apolítico; incluso eso parece corroborarlo el hecho de que se dedica a publicaciones intrascendentes, de actualidad mundana. Que si tal estrella de cine, que si tal otra... Horóscopos; consejos a las damas... Habrás visto alguna de sus publicaciones.

—Sí... Entonces, Wickersham hizo su oferta sin doble intención.

—Lo parece, Lyndon. Vamos a profundizar sobre él.

—¿Cómo?

—Lo tengo pensado: una intrusión furtiva en la editorial. Tengo gente capacitada para ello. El jefe de grupo perteneció a la Inteligente Naval; otro, durante la guerra, adquirió experiencia reventando consulados alemanes; extranjeros en general. Gente dispuesta que conoce el oficio, Lyndon. Y será esta misma noche. Además, cuento con una vieja bruja que abre los sobres lacrados como nadie. Ya digo que será un registro a fondo... Y todo para descartar de una vez a Wickersham. Repito que la clave es Berta Romanos. O como se llame.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Lyndon.

El inspector Finch se encogió de hombros.

—No tenemos nada sobre ella. ¿Te parece italiana?

—Puede serlo. Podría ser húngara o rumana.

—Y ha podido entrar clandestinamente en el país. Luego, se ha ocupado de localizar a McRae.

—Pero, después de dos años...

Finch sonrió; meneó la cabeza.

—Estoy esperando instrucciones e información de Washington —dijo—. Tengo verdadera curiosidad por saber a ciencia cierta el lío que McRae armó en Viena.

—Dijo que Wickersham buscaba ciertos documentos, a un científico vienes y a un espía.

—Está bien. Dejémoslo por el momento. Ocúpate de Berta Romanos, Lyndon. ¿Crees que ella estará aún en «El Búho» o en su apartamento?

Lyndon reflexionó unos instantes.

—Es muy posible, señor —murmuró—. Ella sabe que yo soy agente del

F. B. I.,

y debió adivinar que mi treta era para librarme de ella, pero no como si ella fuese un enemigo mío, sino un simple estorbo. Es posible que se arriesgue a verme de nuevo.

—Cuidado, Lyndon. Han matado a un agente federal. Eso indica que ya no piensan detenerse ante nada.

Lyndon asintió con la cabeza.

—Lo sé —musitó.

—De modo que así están las cosas: tratar con prudencia pero a fondo a Wickersham, y vigilar a Berta. Cualquiera de ambos, creo que ella, nos conducirá a McRae. Y no solo eso, Lyndon. Como ves, se ha movilizado un grupo enemigo del que no teníamos idea de su existencia.

—Bien... No pierdo más tiempo, señor. Imagino que Berta estará en su apartamento. Voy para allá.

Iba a tomar el violín, pero lo pensó mejor y se encogió de hombros. Necesitaba las manos limpias. En cuanto a Berta, si hacía preguntas, le diría que lo hizo pedazos en un acceso de ira.

Poco después, los dos hombres salían a la calle.

Se separaron, y Lyndon Mitchell se dirigió, a pie, hacia Baxter

Street, donde Berta tenía su apartamento.

Caminaba por las aceras oscuras, mojándose ligeramente con la fina lluvia que caía. Se cruzaba con parejas; veía mujeres en las esquinas; los luminosos brillaban en la estrecha calzada.

Cosa de veinte minutos más tarde, fresco, con un plan pensado para tratar a Berta, se encontraba frente al edificio donde vivía la morena. Subió al apartamento y llamó varias veces sin obtener respuesta. Suspiró. Podía estar en «El Búho», aún, esperándole allí, o podía haber desaparecido.

Por si acaso, Lyndon, con su gonzúa, se coló en el apartamento. Fue hacia la salita, encendió la luz y se preparó un *whisky*. Esperaría un tiempo prudencial.

El coche se había detenido frente a un «cottage» discreto, no muy grande, situado en Riverside Drive, frente a Cathedral Parkway. La calle era ancha, húmeda, con jardín en la parte izquierda y con los «cottages» bastante separados entre sí. El tránsito era escaso aquella noche lluviosa, y las luces estaban difuminadas por la niebla.

El conductor miró hacia el «cottage». Vio la luz en una de las ventanas. En silencio, se apeó, y fue hacia la portezuela trasera. La abrió. Miró a los dos tipos que aprisionaban, uno por cada lado, a Michael McRae.

McRae estaba tirado en el asiento, grotesco con = ausencia de su pierna izquierda. Estaba desvanecido, y desde la comisura izquierda de su boca iba resbalando un hilillo de sangre barbilla abajo. Tenía la gris cabellera alborotada, y un mechón pesado a la frente por un coágulo de sangre.

—Llévalo a la casa —dijo aquel hombre.

Se hizo a un lado, escrutando la calle. No había peligro alguno y observó a los otros dos tipos, mientras trasladaban, en volandas, a McRae al interior del «cottage», donde otro hombre estaba esperando, y cerró la puerta tan pronto los demás hubieron entrado.

—Allí —señaló con el índice una puerta cerrada.

Unos instantes después, McRae estaba tendido en el suelo de un cuarto trastero, sin comunicación alguna con el exterior.

El que había estado esperando en la casa encendió la luz; una sola bombilla, sin pantalla alguna. Luego, miró a los demás.

—¿Cómo fue? —inquirió, dirigiéndose al que había conducido el coche.

—Tuvimos que matar a un agente del

F. B. I.

—Ya... Mal asunto, Egorov. De todos modos, contamos con muchas probabilidades de huir esta misma noche..., con todos los informes que necesitamos. Creo que hemos cometido algunos errores.

—No creo que importe ya.

—Tal vez.

Fedor Chislenko se volvió a mirar a los dos americanos que esperaban órdenes. El contraste entre los dos agentes rusos y aquellos dos americanos era evidente. Chislenko y Egorov demostraban inteligencia en sus pupilas; se mantenían serenos. Ambos tenían algunas canas en sus aladares, pero parecían fuertes. Especialmente Egorov, el más joven. En cuanto a Chislenko, era un tipo macizo, con un cerebro despierto, agudo. Una prueba: después de casi dos años, había sabido encontrar a McRae.

—Vosotros, despertadle —ordenó Chislenko.

Los dos americanos se acercaron a McRae. Se llamaban Adam Bruce y Ricky Thorne. Sin ser fachendosos, sus rostros sin color, su atuendo muy moderno, su manera de mirar, de hacer, indicaban algo de su «profesión».

Adam Bruce era el más frío de ambos. Se inclinó junto a McRae y le soltó un par de bofetadas no demasiado fuertes. Lo suficiente para que McRae abriera los ojos; unos ojos enrojecidos, que expresaban desconcierto. Bien... El desconcierto fue brevísimo.

McRae descubrió a Chislenko. Y empezó a sonreír.

—Volvemos a encontrarnos —musitó McRae.

—Así es, McRae. Pero para usted las cosas han cambiado mucho, ¿no? ¿Qué se siente con una pierna menos?

McRae se encogió de hombros.

—Hubiera podido ser peor —dijo.

Chislenko sonrió fríamente; tenía los labios pálidos, finos.

—Bien... Usted es un gran hombre, McRae. Se lo ha tomado con mucha calma. Ha evidenciado también en eso una gran sangre fría; mucha serenidad. Usted es inteligente. Por lo mismo, comprenderá inmediatamente por qué se encuentra en esta situación, frente un

Chislenko que usted ya debe haber olvidado.

McRae meneó la cabeza.

—Se equivoca, Chislenko. Uno no olvida fácilmente la mejor jugada de su vida —sonrió débilmente McRae, mirando con fijeza a Chislenko.

—Lo fue, sin duda. Usted, en Viena, destruyó una poderosa red de espionaje de mi país. Y... acaso conmigo también. Lo imaginaba, ¿no es cierto? A raíz de aquel triunfo y mi fracaso como contrapartida, caí en desgracia. ¿Sabe que he estado ocultándome hasta ahora? Y de agente de mi país, he tenido que ganarme la vida como profesional, vendiéndome al mejor postor. Y, lo que son las cosas, supe que el gran McRae estaba en Nueva York, tocando el piano en algún sitio. Y cojo. Voy a tratar de solucionar mis problemas, McRae.

—Bien... ¿Cómo piensa hacerlo? —inquirió McRae.

—Usted me informará sobre lo que necesito.

—¿Y luego?

—Ya se verá, McRae. En realidad, no le guardo rencor. Lo nuestro es así: hoy triunfas, mañana fracasas. Y... muchas veces le he recordado con admiración. Pero ahora estamos usted y yo nuevamente en guerra, McRae.

—Yo no, Chislenko. Ya no pertenezco al
F. B. I.

Chislenko rió brevemente.

—Sin embargo, sospeché inmediatamente de Wickersham, y supo poner en movimiento al F. B. I. Eso demuestra que su cerebro sigue funcionando como siempre. Y no espere que me compadezca de su mutilación. ¿Cómo fue?

—En Marsella, en un yate. Armas.

—Ya... Pero vayamos a lo nuestro McRae: hace cosa de dos años usted, en Viena, se alió con un espía de nacionalidad desconocida llamado Ambrose; es cuanto sé de él. Entre usted y Ambrose, consiguieron localizar a un profesor vienes, que había inventado una potentísima arma, basada, como muchas otras, en la energía nuclear, pero más potente que las conocidas. El profesor vienés se llama Foldhege, y estaba dispuesto a negociar su descubrimiento con nosotros. Usted lo impidió; usted y Ambrose. Raptaron al profesor y se apoderaron de los documentos. No sé si usted o

Ambrose. No se limitaron a eso, sino que consiguieron descubrir el núcleo de nuestra red, sin duda martirizando al profesor. ¿Voy bien?

McRae sonreía tristemente; parecía evocar algo.

—Muy bien, Chislenko —murmuró—. Hasta ahora.

—Quedamos, pues, en que usted, Ambrose y el profesor Foldhege salieron de Austria. Yo fracasé. Perdí al profesor, perdí los documentos que estábamos negociando...

—Que ustedes estaban dispuestos a negociar, Chislenko. Sé que no hubo trato; no les di tiempo.

—Exacto —sonrió Chislenko—. Ahora bien: quiero saber dónde está el profesor Foldhege; quiero saber dónde está Ambrose; quiero recuperar los documentos relativos al invento de Foldhege. Y... no tengo mucho tiempo, McRae. Quiero salir esta noche hacia... —sonrió de nuevo—, hacia donde usted indique. Imagino que Foldhege y Ambrose no están en Estados Unidos.

McRae suspiró. Dijo:

—No sé dónde están.

Egorov, Adam Bruce y Ricky Thorne miraron a Chislenko, como, esperando una orden. Chislenko no perdió la paciencia.

—McRae..., lo lógico es que los documentos primitivos, tal vez no perfectos, están en poder de su Gobierno. Usted los debió entregar al término de su misión. Yo voy a prescindir de eso. Quiero al profesor y a Ambrose. Dígame dónde están. Usted puede salir muy perjudicado si no habla, McRae. Y yo necesito un triunfo para congraciarme con mi país. Estamos en unos momentos de tensión con Vietnam y, sin que me importe su suerte, quiero ofrecer una potente arma a mi país. Y la inteligencia del profesor Foldhege. Y la destrucción de Ambrose —sonrió—. ¿Sabe?, Ambrose es tan bueno como nosotros, McRae.

—Usted es muy ambicioso, Chislenko. ¿Cree, de veras ha llegado a pensar, que yo hablaría?

Chislenko seguía sonriendo, pero sus pupilas se habían tornado crueles.

—Tuve esa esperanza al enterarme de que usted estaba mutilado, McRae. Generalmente, a los hombres como usted que les ocurre algo similar, se desmoralizan. Lo cierto es que esperé encontrarle convertido en un desecho. Usted es muy fuerte, McRae,

lo reconozco, pero...

—Ya lo ve, Chislenko. Soy el mismo.

—Y tiene la esperanza de que el

F. B. I.,

le encuentre.

McRae sonrió levemente.

—Me encontrarán, Chislenko —musitó.

—Tal vez muerto.

—Eso no puedo evitarlo yo. Pero sí que partan de aquí conociendo el paradero de Ambrose y del profesor Foldhege.

—Espero que no sea su última palabra, McRae.

—Es la última.

No cabía duda. Pero Chislenko no se resignaba.

Estaba mirando los ojos negros del mutilado; adivinaba la verdad: tendrían que matarle. Pero... no podía resignarse. McRae sólo era un inválido; no podría soportar la tortura. Diría la verdad. Chislenko tenía que devolver el, golpe de Viena.

Sin dejar de mirar al exagente del

F. B. I.,

Chislenko hizo una seña a sus hombres.

McRae no se alteró en absoluto.

Ni siquiera vislumbró el puntapié que Adam Bruce le asestó, sin excesiva violencia, pero muy doloroso, detrás de la oreja derecha. Cayó de costado; una mano le agarró por los cabellos; otra mano le abofeteó violentamente; sangró su nariz; sus ojos se llenaron de lágrimas.

Tiraban de sus cabellos hacia arriba. Le estaban obligando a incorporarse y le dejaron apoyado en la pared, sosteniéndose con su única pierna.

Notó un duro golpe en el estómago; tuvo que inclinarse; un nuevo puñetazo le hizo perder el equilibrio y cayó al suelo, impotente. Allí, le pisaron las manos que apoyaba en el suelo.

Se oyó la voz seca, fría de Egorov:

—Sujetadle.

Bruce y Thorne obedecieron, trabando fuertemente los brazos de McRae. Éste apenas veía nada, pero sí distinguió la llama de un encendedor, que a través de las lágrimas de sus ojos, actuando como prismas, se estaba descomponiendo en multitud de lucecitas

de un rojo amarillento.

La llama estaba a punto de llegar a sus labios cuando, con un desesperado esfuerzo, consiguió utilizar su pierna sana.

Rió roncamente cuando vio retroceder aquellas lucecitas y oyó el grito de Egorov.

Una nueva lluvia de golpes cayó sobre él, aturdiéndole. Luego, le hicieron sentar sobre su única pierna, de modo que no podría volver a utilizarla.

Y la llama llegó a sus labios.

Resonó el estridente grito del exagente del

F. B. I.

Luego, entre un impresionante silencio, la voz de Chislenko:

—Basta por ahora. A pequeñas dosis, le iremos convenciendo de que podemos ir mucho más lejos.

Se apagó la llama. La cabeza de McRae pendió, sin fuerzas, hacia un lado.

—Dentro de un par de minutos le despertaremos —dijo Chislenko.

Truncando el nuevo silencio, alguien llamó a la puerta del «cottage».

V

CUANDO abrieron la puerta del «cottage», Berta Romanos se encontró frente a la oscura boca del cañón de una automática. Sin descomponerse en absoluto, dijo:

—¿Cómo va todo, Egorov?

—Mal.

—¿Cómo? ¿No tenéis a McRae y...?

—Le tenemos. Pero no hablará. Estoy convencido. Chislenko está perdiendo la paciencia. Entra, Berta.

La impresionante morena penetró en el «cottage». Guiada por Egorov, caminó hacia el cuarto donde estaba encerrado McRae. Antes de que entraran, Chislenko salía de la estancia y cerraba la puerta a su espalda. Miró a Berta y gruñó:

—Ven conmigo. Tenemos que hablar.

En silencio, los dos rusos y Berta se encaminaron hacia la sala de estar del «cottage». Aparentemente tranquilo, Chislenko escancié «bourbon» en tres vasos y los distribuyó, reservándose el suyo. Berta se había sentado en, un sillón, con el abrigo abierto y la falda del vestido subida dejando al descubierto sus redondas rodillas. Sólo Egorov se dignó dirigirle una mirada. En cuanto a Chislenko, estuvo dando vueltas durante un minuto, paladeando el «bourbon».

De pronto, dijo:

—McRae no hablará. Y corremos el riesgo de matarle sin haber obtenido nada. Hay que pensar otra cosa.

Berta, tranquila, dejó el vaso sobre una mesita y de su bolso extrajo un paquete de cigarrillos. Egorov le ofreció la llama de su encendedor en silencio. Berta cruzó las piernas.

—Nuestro primer error fue contar con Wickersham —dijo—. No se enfocó el asunto debidamente. Se debió contar exclusivamente

conmigo.

—No discutiremos, Berta. Se trata de encontrar una solución. El F. B. I., no es precisamente lento.

Berta sonrió burlonamente.

—¿Lo dices por ese Mitchell? —inquirió.

—Sí.

—Pues hay algo más. Ya han descubierto la desaparición de McRae y el asesinato del tal Belmont. Y... Mitchell está en mi apartamento, esperándome. No sé si me ha descubierto, pero... Estoy pensando algo, Chislenko. Y no tendrá importancia el hecho de que Mitchell me haya desenmascarado.

Chislenko la miraba fijamente, con extraña frialdad. Para él, Berta era, seguramente, un mero instrumento. A Berta no la molestaba en absoluto, porque Chislenko, al igual que Egorov, no eran el tipo de hombre al que ella amaría. Mitchell sí. Pero Mitchell... Además, era un cerdo. Como todos.

—¿Qué has pensado, Berta? —inquirió Chislenko. Berta empezó a hablar.

El rostro de aquellos hombres se tensaba, adquiría dureza. Chislenko seguía mirando con fijeza a la inalterable Berta.

Berta introdujo el llavín en la cerradura de la puerta de su apartamento. Abrió, encendió la luz del vestíbulo, colgó el abrigo. Luego, echó a ánsar hacia la salita. Ya había descubierto que allí había alguien. Mitchell, casi con seguridad. Sí, Mitchell, que se estaba incorporando del sillón y la miraba con expresión de súplica.

—Berta, perdona... —vacilaba Lyndon—. Me..., me dolió mucho el fracaso. Estuve paseando por ahí... El violín, lo hice pedazos...

Se acercó a ella, rodeó la cintura femenina con ambas manos y la estrechó fuertemente, besándola casi con desesperación. Fue un beso prolongado. Empezó a darse cuenta de que algo humedecía su rostro. Se separó de Berta y la miró a los ojos.

—¿Por qué lloras, Berta? —musitó.

Berta se separó del hombre del

F. B. I.,

mordiéndose el labio inferior.

—Creo que está ocurriendo algo horrible, Jake —murmuró.

—No comprendo...

—McRae. Sabes que esta noche no acudió a «El Búho». Yo..., cuando te fuiste, me sentía intranquila. Quise saber lo ocurrido y fui a su casa. Ha desaparecido. Luego..., luego hice algo más... Pensé en aquel hombre, Wickersham. Busqué en el listín de teléfonos su domicilio particular y fui a verle... Creo..., creo que le han asesinado...

Lyndon Mitchell palideció ligeramente.

Estaba desconcertado. Por la actitud de Berta y por la posible veracidad del asesinato de Wickersham.

—Pero..., ¿estás segura, Berta?

—Casi segura. No me atreví a seguir adelante en el asunto y me dije que tú estarías aquí. ¿Qué hacemos..., Lyndon?

Mitchell empezó a sonreír. Berta le miraba un poco asustada.

—¿No..., no te enfadas, Lyndon? —musitó.

—Claro que no, pequeña.

Lyndon la besó de nuevo y luego la obligó a sentarse en un sillón. Ella, con sus rodillas por delante, porque Mitchell era otra cosa. Mitchell la miraba, la sonreía. Ella se mostraba patética. Una chiquilla llorosa, con un cuerpo espléndido. Lyndon le alargó un vasito de *whisky*.

—¿Por qué no te explicas desde el principio, Berta? Tú sabías que yo soy un agente del

F. B. I.,

y sin embargo, ahora estás aquí, lo cual implica confianza en mí. ¿Es eso?

—Sí, Lyndon. Yo... creí que podías ser uno de ellos, y por eso te registré... Me tranquilicé mucho al averiguar que pertenecías al

F. B. I.

Tú podrás ayudarme, Lyndon.

Mitchell, de espaldas a Berta, llenando otro vasito de *whisky* para sí, cerró los ojos un instante.

Cuidado.

Engaño.

Berta no sólo no se tranquilizó al descubrir la identidad de Mitchell, sino que estuvo tentada de matarle. Lyndon recordaba muy bien el momento en que estuvo a punto de saltar, casi convencido de que Berta dispararía. Luego, ella se frotó

rabiosamente los labios, creyendo no ser vista por Mitchell, después de haber sido besada por éste.

—¿No..., no te diste cuenta, Lyndon? —musitó Berta.

—No. Yo sólo estaba preocupado por McRae. Acepté ir contigo porque debía seguir con mi papel de violinista hambriento.

Berta achicó un tanto los ojos; miró el líquido del vaso. ¡Bien lo había aprovechado aquel cerdo...!

—Comprendo —musitó Berta.

—Bien... Por favor, Berta: empieza desde el principio. Es el mejor modo de que las cosas se vean claramente. ¿Qué pintas tú en todo esto?

Ella le miró serenamente a los ojos. Dijo:

—Empezaré por aclarar que me llamo Berta Foldhege. Nací en Rumania, de madre rumana. Pero he estado en Viena casi toda mi vida. Mi padre es un científico, Lyndon. Yo... no entendía sus asuntos, pero creo que podía considerarse como uno de los mejores de nuestra época. Mi padre era un hombre estudioso, reservado; parecía no tener esposa ni hija... Ya sabes lo que son esos sabios, ¿no?

—Sí, claro —asintió Lyndon, pensando en que McRae había dicho que Wickersham, aparte de otras cosas, buscaba a un profesor.

—Pero, pese a todo, yo quiero mucho a mi padre, Lyndon.

—¿Y qué ocurre con él, Berta?

—Desapareció de Viena hace dos años. Yo me encontré muy sola y, además, hubo gente que empezó a molestarme. Querían saber dónde estaba mi padre. Tipos raros, Lyndon. No eran vieneses, por supuesto. Quizá rusos. Incluso llegaron a amenazarme si no decía la verdad. ¡La verdad!... Yo no sabía, ni sé, dónde está mi padre, Lyndon. Pero empecé a averiguar cosas, y... Después de todo ese tiempo, llegué a Estados Unidos y localicé a McRae. Había oído hablar de él a los rusos... por llamarles de alguna manera.

Lyndon Mitchell escuchaba atentamente, dispuesto a atrapar en el aire cualquier fallo más de Berta.

—Cuando localicé a McRae... no me atreví a hacer nada, Lyndon. Me di..., me di cuenta de que había sido seguida. Descubrí a uno de aquellos hombres con los que había hablado en Viena...

—¿Qué hiciste, entonces?

—Fui a ver a Wickersham, al que conocí en un club a poco de mi llegada, y le propuse una buena biografía, si me ayudaba.

Lyndon sonrió.

Cuidado: dijo que ya había visto antes a Wickersham. Había, pues, mentido en lo de que buscó en el listín telefónico para localizar el domicilio particular de Wickersham.

—Sigue, Berta.

—Le expliqué lo de mi padre y mi idea bien fundada de que McRae podía saber dónde está ahora. Pero yo temía que McRae se mostrase reacio, como así ha sido, y creí que cedería mejor con el señuelo de ver publicada su vida.

—Por cien mil dólares. ¿Los tienes?

Berta afirmó con la cabeza, mirando a Lyndon con los ojos muy abiertos.

—Vaya... De acuerdo. Wickersham aceptó el trato y fue a ver a McRae. ¿Qué hizo ante la negativa de McRae?

—Nada. Nos vimos de nuevo y decidimos esperar, e ir insistiendo. Pero... aquellos tipos que conocí en Viena han debido adelantarse, Lyndon. Si McRae ha desaparecido y han matado a Wickersham... Oh, Lyndon, ¿no lo comprendes? Ellos localizarán a mi padre. Posiblemente quieran matarle. Yo..., yo tengo que llegar antes que ellos.

Lyndon Mitchell se estaba volviendo loco, porque aquello estaba tan bien urdido que empezaban a existir posibilidades de que fuera cierto. Diablos, diablos...

—O sea: esos hombres de Viena, al parecer, te han estado siguiendo, y gracias a ti han localizado a McRae.

—Debe ser así, Lyndon.

—Y es cierto que posiblemente hagan hablar a McRae. Es peligroso, Berta... Dime: ¿lo que me has explicado respecto a Wickersham es todo? ¿No ha participado en esto de alguna otra manera?

—No. El ignoraba por completo la existencia de McRae, de mi padre... No sabía nada.

Bien... ¿Mentira? ¿Verdad?

Aquella Berta era extraordinaria. Y tan hermosa...

Lyndon se acercó a ella. La miraba a los ojos, pero sólo vio súplica en ellos. Lyndon acarició la oscura y brillante cabellera de

Berta. Luego, acarició la barbilla y el terso cuello moreno, que vibró al contacto de la mano de Lyndon. Aquello era un poco de cinismo, pero convenía poner nerviosa a Berta.

—Está bien, Berta —murmuró el agente del

F. B. I.

—Así que sospechaste de mí cuando me acerqué a McRae en «El Búho». Temías que fuese uno de ellos... Y me registraste.

—Así fue, Lyndon. No..., no quise decirte nada. ¿Sabes?, eso me hace sufrir. Si tú hubieses sido realmente violinista, yo me hubiera enamorado de ti. Pero... pensé que había muy pocas probabilidades de llegar hasta ti, siendo del F. B. I...

—No somos enemigos, Berta.

—No, claro. Ayúdame, Lyndon...

—¿Cómo?

Ella se incorporó. Era perfume, juventud, pasión. Lástima.

Era también un cepo.

Cuidado.

Ella quería conducirlo a la trampa. Muy bien. Lyndon iría, pero con los ojos bien abiertos. Le convenía acudir a aquella trampa. Lo malo era que no podía comunicar con el inspector Finch, puesto que, en tal caso, lo más probable era que Berta se cerrase. Y no conseguirían nada.

Mitchell dejó que los brazos de Berta rodearan su cuello. Berta se apretó contra él. Musito:

—No lo sé, Lyndon. Pero... ayúdame.

Luego le besó en los labios; gemía.

Lyndon Mitchell pensó que era una lástima tener que hacer algo aquella misma noche, porque Berta... Bien. La recordaría. De veras que la recordaría.

—Berta..., tal vez Wickersham no esté muerto. Vamos a su casa. Han podido dejarle mal herido. Tal vez sepa algo...

Los ojos de Berta se animaron.

—Vamos, Lyndon —dijo.

Salieron de la salita. Una vez en el vestíbulo, Lyndon ayudó a Berta a ponerse el abrigo. Ésta tomó el bolso. Poco después, bajaban las escaleras. Una vez en la calle, echaron a andar rápidamente. Había amainado la lluvia, pero las calles seguían húmedas, solitarias. En una esquina, consiguieron un taxi. Lyndon empujó a

Berta al interior del mismo y luego se introdujo él, interrogándola con la mirada.

—Cincuenta y Seis Este, esquina a la Segunda Avenida —musitó Berta.

Lyndon repitió las señas al taxista y el vehículo se puso en marcha, haciendo crujir la calzada húmeda y brillante.

Al parecer más tranquila, Berta se apoyó en el hombro de Lyndon.

—Todo ha sido culpa mía —musitó—. Debí ser sincera con McRae y explicarle que quería reunirme con mi padre. Ojalá le encontremos ahora, Lyndon. ¿Cree que McRae se negaría a facilitarme las cosas?

—No lo sé, Berta, pero... Es difícil que McRae sepa el paradero actual de tu padre. Compréndelo.

Berta se mordió los labios.

—Debo insistir, Lyndon —musitó luego.

—Lo comprendo. Tranquilízate. Si tu padre está en el país le encontraremos.

Berta permaneció callada, muy junto a Lyndon.

Por su parte, el agente especial había ya mirado hacia atrás un par de veces.

Y contenía una sonrisa.

¿Quién les seguía? ¿Por qué? ¿Tenía algo que ver con la trampa que le estaba abriendo Berta?

Procurando que Berta no se diera cuenta, Lyndon Mitchell vigilaba la persecución de que aquel taxi era objeto. El coche que les seguía era un «Austin» viejo, pero no obstante era conducido por manos expertas, ya que la persecución podía calificarse de bastante buena.

Un semáforo. El taxi se detuvo.

Lyndon rodeó el cuello de Berta con el brazo izquierdo, y ella, siguiendo el impulso de Lyndon, apoyó su cabeza en el hombro del agente especial, quien pudo mirar cómodamente hacia atrás. Ya estaban en la Segunda Avenida, bastante mejor alumbrada que las calles que habían dejado atrás.

Parpadeaban los luminosos.

Otros, fijos, daban colorido a la noche.

Y entre los parpadeos, agudizando la vista, Lyndon vio un

destello rojo en el interior de aquel pequeño y viejo «Austin».

Suspiró tranquilo.

Vaya... La pelirroja. No cabía duda. Muy lista la pelirroja. Y con una paciencia admirable. En cuanto a olfato... La cosa estaba clara: Trudy Egan olía bien los asuntos sabrosos.

Arrancó el taxi.

También el «Austin».

Una sonrisa flotaba débilmente entre los labios de Lyndon, mientras recordaba a la pelirroja. Se asombraba un poco de lo nítidamente que la recordaba, para haberla visto una sola vez. Sí... Tenía los ojos

azul-gris,

muy grandes, brillantes. Bonitas rodillas... Lo malo era que su linda naricita respingona y con unas cuantas pecas podía estrellarse por excesivo buen olfato.

El taxi se detenía en aquel instante en la esquina con la Cincuenta y Seis.

Lyndon pagó la carrera y se apeó, ayudando a Berta a hacer lo propio. El taxi se alejó. Berta dijo:

—Es allí, Lyndon.

—Vamos.

VI

SEGÚN Mitchell, uno sería imbécil si no desconfiara de aquella burda trampa. De una parte, se daba cuenta de que la entrada allí significaba punto menos que imposible para una mujer, aunque se llamara Berta y tuviera un padre muy listo. Porque el apartamento de Wickersham estaba en una escalera corriente y con un acceso difícil. Y si Berta había entrado allí antes, se podía tener la completa seguridad de que sabía punto por punto la verdad sobre Wickersham.

Berta no había estado allí. O bien sabía de antemano lo ocurrido.

Divertía meterse en una trampa. Pero...

Además, la entrada en el apartamento fue de lo más sencillo: la puerta estaba abierta.

—Cuidado, Berta —musitó, casi inaudiblemente, Lyndon—. Sígueme; cúbrete con mi cuerpo.

Berta, feliz, lo hizo. Y Lyndon no las tenía todas consigo.

Empujó la puerta; cedió sin chirridos y pudo seguir corredor adelante, un tanto desorientado, ya que el apartamento era bastante grande. Ya sabía lo que iba a hallar allí: el cadáver de Wickersham. Éste sabía mucho; debió averiguar lo suficiente, y alguien le sentenció. Ocurren estas cosas.

Pobre Wickersham... Y pensar que el

F. B. I.,

se estaba arriesgando a una incómoda y difícil intrusión furtiva en la editorial... Bien. Todo se solucionaría. Paso a paso.

Claro está, Lyndon avanzaba con la automática pegada a su diestra. Podían ocurrir muchas cosas en aquel apartamento.

Llegaron al final del corredor y se hallaron en un salón que

comunicaba al resto de las dependencias del piso. Lyndon Mitchel se volvió para mirar a Berta y tratar de saber por qué puerta perderían menos tiempo.

En aquel instante, se encendieron las luces del salón. Con sorprendente rapidez, Lyndon empujó a Berta hacia un rincón, y él rodó por el suelo, soportando el escalofriante aullido de un par de proyectiles que habían sido dirigidos malignamente.

Mientras rodaba, vio de soslayo a los dos hombres que habían aparecido en el salón, separados entre sí por un par de yardas.

Americanos.

Rabiosamente, Lyndon apretó el gatillo de su automática y sintió un escalofrío de placer cuando oyó el grito de dolor de uno de aquellos elementos, que quedó pegado a la pared, mirándose como podía la parte alta del pecho, donde había aparecido una roja flor. Desde aquel momento, y como hipnotizado por aquella mancha roja, Ricky Thorne pareció que ya no era enemigo.

Lyndon, por su parte, tuvo que morder de nuevo el suelo, rodando hacia un viejo sillón, sólido y grande, mientras dos balas trazaban una fugaz línea de muerte, buscándole.

Consiguió ocultarse detrás del sillón.

Y, por unos instantes, el silencio se hizo notable, opresivo, extraño.

Lyndon sonreía. ¿Qué ocurría con Berta? No disparaban contra ella, naturalmente.

Bien, Berta...

Lo que hizo Lyndon fue asomar ligeramente la cabeza, tratando de observar a la morena. ¿Qué diablos estaría haciendo? Vaya... Estaba acurrucada en un rincón, y...

Lyndon Mitchell oyó la risa de Adam Bruce. Y, además, unas décimas de segundo más tarde veía al tipo, que se lanzaba sobre él, apretando el gatillo de su pistola provista de silenciador. Mitchell tuvo el tiempo justo de dejarse caer a tierra y empujó el sillón con ambos pies.

Consiguió cortar la trayectoria triunfal de Bruce, y el tipo chocó violentamente con el mueble; a su empuje, el sillón cedió, y se derribó con estrépito, soportando el peso de Bruce, quien; chilló roncamente al verse remolcado y sin ver a Mitchell, lo cual era muy desconcertante.

Pero Mitchell estaba allí; había dado dos vueltas sobre sí mismo y se incorporó cuando sillón y Bruce se estrellaban contra el suelo. Luego, Lyndon, tranquilo, le asestó un punterazo fenomenal a Bruce, que le dejó la barbilla sangrante y los ojos, por unos instantes, en blanco.

Adam Bruce reaccionó y esquivó el segundo puntapié. Se aferró como pudo al pie de Lyndon y siguió un forcejeo extraño, en el que Lyndon llevaba la mejor parte, puesto que había conseguido agarrar por los cabellos a Bruce y jugaba como quería con la rubia cabeza del americano.

Bruce, dolorido, con los ojos llenos de lágrimas, chilló:

—¡Mátale de una vez, Thorne!

Pero Thorne sólo era un muñeco hipnotizado por su propia sangre.

Bruce se dio cuenta. Chilló otra vez.

Para obligar a Mitchell que soltara sus cabellos, le asestó un puñetazo en un punto muy doloroso, pero Lyndon lo esquivó. Y ya frunció el ceño. Porque Bruce, además, trataba de disparar contra él.

Lyndon no lo pensó más. Para algo tenía la pistola en la mano. Siempre con los cabellos de Bruce agarrados, acercó la cabeza de Bruce al cañón del arma. Disparó varias veces contra el rostro del tal Bruce. No merecía menos; cochino traidor, sucio matón. Cerdo asesino...

Dos...

Tres...

¿Para qué más?

Sangre, partículas de hueso.

Cuando Lyndon soltó la cabeza de Bruce, el tipo cayó a peso al suelo y quedó de bruces, trágicamente inmóvil.

Lyndon respiró con fuerza. Miró a Thorne.

Thorne reía. ¿Qué diablos le estaría ocurriendo? ¿Por qué reía aquel imbécil?

Las carcajadas de Thorne crecieron. Él ya lo decía: nada a hacer contra el F. B. I..., Él lo dijo... ¡Lo dijo! ¡Tuvo razón!

Por eso reía, el desgraciado, había tenido razón.

Luego, cuando vio que el que salía ileso de detrás del sillón era el del F. B. I, se puso nervioso. Quiso disparar. Apenas podía

levantar la mano, pero él no se iba al Más Allá sin cargarse a uno de aquellos semidioses del

F. B. I.

Se fue.

Sin cargarse al del

F. B. I.

Lyndon no estaba para miramientos. Disparó dos veces, sobre seguro. Una bala se clavó en el estómago de Thorne. La otra le arrancó un trozo de frente y, de no ser por la escandalosa sangre, se hubiera podido ver el pequeño cerebro de Thorne. Pero no. Mucha sangre. Y Thorne cayó al suelo, con la sonrisa crispada en sus labios.

Luego, silencio.

Desde su rincón, Berta, con sus ojazos negros muy abiertos, se atrevió a toser y carraspear. La pólvora... irritaba su garganta.

Lyndon la miró, tranquilo.

Caminó hacia ella. Tendió su mano izquierda.

—¿Estás bien, Berta? —inquirió.

—S-sí...

—Vamos, levántate.

Berta se incorporó, sin querer mirar a los ojos a Mitchell. Debía creer que el hombre del

F. B. I.,

era idiota, puesto que no hizo una sola pregunta. Se limitó a preguntarla cómo estaba, y luego la acarició. Era un aprovechado aquel Mitchell.

Con la manga de la raída gabardina, Lyndon se enjugó el sudor de la frente. Luego, miró en torno.

—Buscaremos a Wickersham —dijo.

No hizo falta buscar mucho. Una de las habitaciones que comunicaban con el salón era el despacho particular de Wickersham. Y Lyndon le vio inmediatamente. Wickersham, con su elegante batín, estaba sentado en una silla, dormitando para siempre con la cabeza sobre sus brazos y un agujero en la sien derecha.

Lyndon Mitchell no le tocó.

Era él: el hombre rubio, agradable, que... ¿Realmente solo se había metido en aquel caso a petición de Berta? Como fuese, le

había costado la vida. Como a Belmont. Como a aquellos dos americanos, y como, probablemente, a McRae.

Lyndon, de súbito, miró a Berta. Ella pestañeó. Estaba un poco pálida, pensativa, pero se mantenía entera.

—Estamos al final del camino, Berta —gruñó Lyndon.

—No sé...

—Claro que sí. ¿Qué diablos hacemos ahora? ¿Cómo averiguar dónde está McRae?

—Bien...

Cuidado.

Ella sabía algo.

Allí había habido algo preparado, pero falló al ser Lyndon el que venció en la pelea.

Cuidado.

Podía ser que aquellos tipos que estaban muertos en el salón supieran dónde estaba McRae. No sólo eso; debían haber intervenido, además, en el rapto del exagente del

F. B. I.

Y Berta de por medio, moviéndose de un modo desconcertante. La hija del profesor Foldhege... Podía ser. Podía ser. Ya se vería.

—Berta..., voy a echar un vistazo por todos estos papeles de Wickersham. No espero encontrar nada, pero... Bien, creo que lo mejor sería avisar al

F. B. I.

Eso es lo que voy a hacer, y...

—Espera, Lyndon.

Lyndon esperó. Ju, ju.

—¿Qué ocurre? —inquirió, mirando a la morena.

—Lyndon..., pueden matar a McRae si interviene el

F. B. I.,

en peso. Y si me importa la muerte de McRae por razones de amistad, me importa también porque empiezo a sospechar que sólo él sabe dónde está mi padre.

—Ya... Está bien, buscaré por aquí. ¿No se te ocurre nada, Berta?

—No..., no.

Mentira.

Pero Mitchell decidió tener paciencia; seguir siempre el juego de

Berta.

Lo que hizo el hombre del

F. B. I.,

fue empezar a rebuscar por los cajones de la mesa del despacho, sin un propósito definido, si bien se apoderó de un abrecartas muy agudo, con el cual iba rasgando algunos sobres que estaban cerrados, para echar al Correo. Apenas leía las notas, sin concederle importancia a nada.

Sabía que Berta estaba detrás de él, y calculó lo más exactamente posible la posición de ambos. Tomó uno de los sobres cerrados y realizó un brusco giro.

—Aquí parece que... ¡Berta!

Lo consiguió. Con el abrecartas, rasgó de arriba abajo el vestido de aquella mujer, de modo que una esbeltísima y morena pierna, enfundada en una media cara, apareció de súbito, mientras Berta contemplaba aquel destrozo, sin saber qué decir, y sin tratar de cubrirse la pierna. Maravillosa pierna. Mitchell hubiese perdido un poco más de tiempo mirándola, pero... Lo que hizo fue tratar de cubrirla torpemente, ante la ira disimulada de Berta.

—Berta, lo siento... Ha sido una torpeza... Mientras yo registro por aquí, trata de arreglar eso. No vas a ir así por el mundo.

Berta sonrió. Sin ocultar la pierna. Dijo:

—No es nada, Lyndon. Vuelvo inmediatamente.

Se alejó del despacho. Poco después, se oía la puerta que debía pertenecer al cuarto de aseo. Que Berta se las compusiera como pudiera, pero Lyndon tenía algo que hacer. Y lo mismo daba un papel que otro.

Así que tomó uno de los sobres rasgados, y también un bolígrafo que había pertenecido a Wickersham.

Meditó unos segundos.

Luego, un tanto nervioso, empezó a escribir, lo más aprisa posible, siempre atento a la puerta del cuarto de aseo:

«Trudy:

»Tres muertos aquí. Próximo cadáver, yo, si no nos sigues como hasta ahora. Es muy importante. Verás que la mujer que está conmigo y yo nos detenemos en algún sitio. Busca el teléfono más cercano y avisa

F. B. I.

No querrás que me maten, ¿eh, pequeña? No nos pierdas de vista. Te facilitaré la labor cuanto pueda.

»Tuyo, Lyndon Mitchell».

Rápidamente, guardó la nota en el bolsillo de su vieja gabardina, junto con el abrecartas. De todos modos, Berta aún tardó unos minutos en aparecer. En cuanto a su falda, la cosa no había cambiado mucho. Y aquella media pierna era más sugestiva que la pierna entera. Y como Lyndon estaba de buen humor, la atrapó por su cuenta. Si Berta hubiese sabido maldecir en chino, de buena gana lo hubiera hecho. Pero tuvo que soportar lo que Mitchell quiso que soportara.

Si al menos Mitchell se hubiera afeitado aquella horrible barba rubia...

—¡Lyndon! —exclamó, de súbito, Berta.

—Sí, querida —dijo, con ojos de bobo, Mitchell.

—Creo..., creo que ya lo tengo.

—¿El qué?

—Mira... Hablé mucho, pero no lo dije todo. Una de las veces que me di cuenta de que era seguida por aquella gente de Viena, cambié las tornas, ¿comprendes?

—No.

—¡Yo seguí a aquel tipo!

—¿Hasta dónde? —inquirió Mitchell, fingiendo sorpresa y entusiasmo.

Allí la cosa estaba clara. Berta sabía que él no era un ingenuo. Y él sabía que nadie más lejos de la ingenuidad que Berta. De modo que ambos estaban jugando su baza, y llegarían al final. Cada uno confiaba en sus fuerzas. Y Berta creía tener la del triunfo, puesto que había estado atenta, comprobando que Mitchell no llamaba por teléfono al

F. B. I.

—Vamos, Berta, ¿hasta dónde? —insistió Mitchell.

—Fue en... en Riverside Orive. Un «cottage». Lo recuerdo ahora muy bien, Lyndon. ¿Crees que McRae puede estar allí?

—Trataremos de averiguarlo. Vamos.

La arrastró hacia el vestíbulo. Con el abrigo, Berta se cubrió el

destrozo del vestido. Luego, ambos abandonaron aquel apartamento. Un minuto más tarde estaban en la esquina de la Segunda Avenida, esperando nerviosamente un taxi.

Lyndon observó que el viejo «Austin» seguía en la brecha, detenido a unas treinta yardas del portal del edificio en que había vivido Wickersham.

Un taxi.

Mientras Berta se introducía en el vehículo, Lyndon, tranquilo, procurando estar bien visible, dejó caer la nota con el contrapeso del abrecartas. Luego, se metió en el taxi. El vehículo arrancó.

—Has dicho Riverside Drive —dijo Lyndon.

—Sí.

—¿A qué altura?

—Cathedral Parkway —dijo Berta.

El taxista rodaba a escasa velocidad. Una vez Lyndon le dio las señas, aceleró, pero Lyndon ya había visto a Trudy recoger la nota y corría por la acera en busca de su «Austin». Buena chica la pelirroja. Posiblemente carecía de ciertos encantos que lo sobraban a Berta, pero... Tampoco hay por qué exagerar las cosas.

Así que el taxi corría con el «Austin» detrás.

—Ojalá lleguemos a tiempo —murmuró Berta.

—Claro que sí —rezongó Lyndon.

¿Qué diablos haría con Berta? Tendría que agostar su belleza entre rejas. No se puede ir al país vecino a espiar, diablos... Y menos a complicarse la vida con asesinatos y raptos.

Claro que sería curioso llegar hasta el final. A ver cómo se desenvolvía el gran McRae. Y de una vez se vería hasta dónde llegaban sus asuntos. El lío de Viena...

VII

EL inspector Finch terminó de escuchar la explicación del jefe del grupo de intrusiones furtivas que había actuado aquella noche en la editorial de Wickersham.

—De modo que infructuoso por completo —gruñó Finch.

—Así es, inspector.

—Ya... No hay por qué tomárselo a pecho. Estaba previsto. De todos modos, agradezco su colaboración, Donovan. Puede retirarse. Y sus hombres.

Donovan empezó a incorporarse cuando sonó el teléfono. Quedó detenido, con la vista fija en el aparato. Fue el inspector Finch quien o tomó, gruñendo:

—Diga.

Sonó una voz apagada, un tanto tímida. Una voz de mujer:

—¿Inspector Finch?

—Yo mismo. Dígame.

—Soy Trudy Egan, ¿me recuerda?

—Trudy Egan, Trudy Egan...

—Nos encontramos en el apartamento de McRae. Yo escribo para el «Herald», y buscaba una entrevista con...

—¡Señorita Egan! ¡Claro que la recuerdo! Pero... Oiga: ¿qué ocurre ahora?

—Por favor, déjeme explicárselo, inspector Finch. Ye...

—Adelante, señorita Egan. Dese prisa.

—Sí, sí... Digo que yo no... no me conformé con que me echaran de allí y esperé hasta que salieron ustedes del edificio. Entonces, con mí «Austin» seguí al violinista. Tras muchas esperas, he conseguido algo. Yo creí que no me había descubierto, pero, afortunadamente para todos, ese Mitchell sabe dónde tiene los ojos.

Escuche la nota que me dedicó, dejándola caer con disimulo al suelo cuando...

—¡Señorita Egan! ¡Déjese de vaguedades! Sé muy bien quién es Lyndon Mitchell —apremió el inspector Finch.

—Está bien, está bien...

A continuación, Trudy Egan leyó rápidamente la nota que Lyndon había escrito para ella.

Finch la escuchó sin interrupción alguna. Luego, rápidamente, inquirió:

—De acuerdo, señorita Egan. Usted me ha llamado por teléfono y eso indica que Mitchell y aquella mujer están en algún sitio determinado.

—Así es: Riverside Drive, esquina Cathedral Park. En un «cottage». Yo les estaré esperando, inspector.

—Bien... Señorita Egan, perdone mi brusquedad anterior. Creo que debemos estar agradecidos. No tardaremos.

—Aquí espero, inspector.

El inspector Finch se incorporó de la silla y colgó el teléfono. Por el momento, le importaba muy poco la identidad de aquellos tres muertos que decía Lyndon. El caso era llegar cuanto antes a Riverside Drive. Si Lyndon avisaba de aquella manera, por algo serio. En cuanto a la mujer que le acompañaba... sólo podía ser Berta.

El inspector Finch empezó a impartir órdenes rápidamente, mientras se ponía el abrigo y comprobaba la carga de su automática.

Los dos hombres estaban mirando por la ventana del «cottage». A oscuras, era completamente imposible descubrir sus siluetas. Sin embargo, ellos podían ver con cierta claridad lo que ocurría en la calle, frente al «cottage». Y habían visto aquellas dos sombras que estaban penetrando por el jardín en dirección a una lateral.

Egorov se humedeció los labios.

—Algo ha ocurrido, Chislenko —musitó.

—Bien...

—Berta no debía llegar aquí con ese hombre del

F. B. I.

Nosotros teníamos previsto que le mataran Bruce, y Thorne. Eran

ellos quienes debían traerla aquí y arrojarla junto a McRae. Temo que el plan haya fracasado.

Chislenko permaneció unos instantes silencioso.

Murmuró, por fin:

—No hay por qué preocuparse tanto, Egorov. Es cierto que Berta debía fingirse prisionera. Se granjearía la confianza de McRae, con lo cual era probable obtener algún dato de ese maldito... Pero puede hacerse igualmente, aunque en presencia de un hombre del F. B. I.,

Berta sabe lo que hace. Confía en nosotros, y nosotros vamos a confiar en ella.

Egorov meneó la cabeza.

No estaba muy de acuerdo. No le gustaba la presencia de un hombre del

F. B. I.,

en el «cottage», porque sabía que un hombre del

F. B. I.,

casi nunca, o nunca, está solo.

En realidad, lo que había pretendido Berta era llevar a Mitchell hasta Bruce y Thorne, de modo que éstos acabaran con la única amenaza digna de tener en cuenta: Lyndon Mitchell, el único hombre del

F. B. I.,

que seguía de cerca a Berta. Luego, hubieran fingido que Berta era sólo una prisionera de ellos, y, de un modo u otro, Berta se las hubiese ingeniado para que McRae hiciera confidencias.

Egorov meneó la cabeza.

—No estás convencido, ¿eh? —rió, silenciosamente, Chislenko.

—En absoluto. Algo falla. De por sí, es un poco dudoso que ese agente del

F. B. I.,

haya acabado con Bruce y Thorne. Por lo menos, él solo.

Chislenko miró a su compañero. Acostumbrados a la penumbra, le veía con cierta claridad.

—Hay quien hizo algo mucho más importante, Egorov. Me refiero a McRae. Desde entonces, estoy dispuesto a no sorprenderme de nada de cuánto consiga un hombre del

F. B. I.

De todos modos, la ventaja es nuestra ahora. Puede que husmee la trampa, puede que no. De un modo u otro, él no sabe quién o quiénes estamos aquí. Y atrás ya, Egorov.

—Confías mucho en Berta —rezongó Egorov.

—Vamos, vamos... ¿qué te ocurre?

—Ha podido traicionarnos.

—Tonterías. En definitiva, ha sido Berta quien nos ha puesto sobre la pista de McRae. Y nosotros lo habíamos estado intentando mucho tiempo. ¿O no lo recuerdas?

—Está bien. Retrocedamos.

—Berta es inteligente, Egorov. No se trata de una muchacha más o menos bonita que sólo confía en sus encantos. Ella se va aclimatando a todas las fases de la lucha. Primero, encanto; luego, astucia. Por fin, utiliza una clarísima Inteligencia, y una gran dosis de valor. ¿Sabes?, creo que Berta y Mitchell se han descubierto mutuamente. Y se necesita valor, en el caso de Berta, para seguir el juego.

—Estás loco, Chislenko. SI Berta está descubierta...

—Basta.

Egorov calló.

—Ella está aquí por algo. Confío plenamente en ella —dijo Chislenko.

Poco después, desaparecían de la ventana. Además, habían perdido de vista a Berta y a Lyndon Mitchell.

McRae tenía la boca seca; le dolía horriblemente la cabeza. Todo el cuerpo. Le habían magullado. En cuando a sus labios, quemados por el encendedor de Egorov, eran una pura llaga. Le costaba respirar.

No obstante, aún tuvo fuerzas para tratar de incorporarse, aunque sus intentos eran inútiles. Sus manos resbalaban por la lisa pared, sin asidero alguno. Estaba a oscuras; no oía nada, excepto sus jadeos. Y la pierna... Nunca había encontrado a faltar tanto su pierna izquierda.

No podía... ¡No podía!

Y le habían dejado en paz. ¿Por qué? ¿Durante cuánto tiempo?

Si pudiera llegar a la puerta...

Lo cierto era que incluso había perdido el sentido de la orientación. Después de recobrar el conocimiento, estaba a oscuras,

y sabía que su postura no era la misma que cuando le dejaron allí para golpearle.

De súbito, McRae dejó escapar una amarga carcajada.

¡Qué estupidez...! ¿Cómo pensaba huir? ¿Dando saltos con un solo pie?

No... Era absurdo.

¿Y dónde estaban aquellos malditos? El F. B. I..., Bien, había que darles un margen de tiempo para que le encontrasen. De no ser así, mala suerte. Moriría. ¿Y qué? Era preferible morir así que de viejo tocando en «El Buho». Al menos, aquélla era la muerte que le correspondía un par de años antes. Una muerte más... gloriosa. ¡Gloriosa...! Otra majadería. Moriría, oscuramente...

Percibió un ruido.

Cerró los ojos y apoyó la espalda en la pared.

Ya estaban allí. Volverían a golpearle. Y él no podía hablar; si lo hacía, le matarían rabiosamente.

Sonrió... Quizás no le creyeran si dijera la verdad completa. Lo de Viena... Fue un «*affaire*» perfecto; lástima que fuese a costarle la vida después de dos años.

Se acercaba alguien a la puerta pero, cosa extraña, con muchas precauciones. Luego, se tensó, al oír un susurro:

—Michael.

Frunció el ceño.

—Michael.

Conocía la voz, ere de mujer. La localizó unos segundos más tarde: ¡Berta!

—Aquí..., aquí, Berta... —dijo, sintiendo una fugaz esperanza.

¿Qué podía hacer Berta sola?

Empujaron la puerta. Berta no estaba sola. Un hombre, con una linterna en la mano, se precipitó hacia donde estaba McRae. Éste reconoció inmediatamente a Mitchell.

—¿Cómo está, McRae? —inquirió Mitchell, dirigiendo la luz de la linterna al rostro del exagente especial.

—Tranquilo, Mitchell —musitó McRae.

—No le han tratado muy bien.

—Cosas del oficio.

Mitchell miró de reojo a Berta. Ésta estaba inclinada junto a ambos, y miraba el rostro de McRae, lleno de sangre seca,

hinchado, desfigurado por los golpes. Lo que no había cambiado, no obstante, era la inexpresividad de las pupilas negras de McRae.

—¿Dónde están, McRae? —inquirió Mitchell.

—No lo sé.

—¿Cuántos son?

—Cuatro. Chislenko y Egorov son los que han manejado el tinglado. Los otros dos son americanos...

—Ésos ya no cuentan —gruñó Mitchell.

McRae suspiró.

—De acuerdo, Mitchell.

—¿Cree que podremos huir? Cada uno de nosotros sólo dispone de sus pies para largarse de aquí —dijo Mitchell—. Será difícil.

—¿Estás solo, Mitchell? —inquirió, un poco asombrado, McRae.

Mitchell no respondió. Sonrió de un modo extraño. Amplió la sonrisa cuando captó que Berta le miraba fijamente. Acarició el moreno rostro de la mujer, que siguió inmóvil, aunque varió su expresión. Luego, Berta se puso de rodillas frente a McRae. Le miraba con fijeza. Asomaban lágrimas a sus ojos.

—Berta..., ¿cómo es posible que tú...? —empezó McRae.

—Déjame que te explique, Michael —atajó—. Todo esto es culpa mía. Yo debí ser sincera contigo.

Un poco desconcertado, McRae miró a Mitchell. Éste se mostró inexpresivo por completo, de modo que McRae fijó de nuevo su atención en Berta. Ésta dijo:

—Me llamo Berta Foldhege. Y usted es el único hombre que sabe dónde está mi padre. Necesito reunirme con él, Michael. O por lo menos saber que vive, dónde; saber si puede entrar en Estados Unidos. Tiene que comprenderlo, Michael.

McRae miraba con extraña fijeza a Berta.

Luego, sonrió.

—Lo comprendo, Berta —murmuró.

Berta respiró hondo. El abrigo abierto dejó ver cómo se elevaba su busto joven, firme.

—Entonces, por favor, Michael, dime dónde está.

—No lo sé. Cuando huimos de Viena con Ambrose, éste fue quién se ocupó de tu padre. Yo sólo necesitaba los documentos. No he vuelto a saber de Ambrose ni de tu padre. Poco después, yo perdía la pierna en Marsella. Me desentendí de todos estos asuntos.

Es posible que de seguir actuando hubiera tropezado en alguna otra ocasión con Ambrose. Y..., me parece que Estados Unidos no es el lugar ideal para tu padre. Por su ideología, no encaja aquí. Recuerda que fue raptado...

—Oh..., ¡no sé nada de eso! ¿Fuiste tú, Michael?

Mitchell estaba escuchando, silencioso. De modo que el «*affaire*» de Viena se compuso del rapto de un científico...

¿Qué diablos tenía aquello de extraordinario?

Bien...

Que hablaran.

Allí lo desconcertante era que no parecía haber nadie en el «cottage». Y era absurdo pensar que raptaban a McRae para dejarle luego suelto. Chislenko y Egorov. Bien... ¿Qué hacían? Mitchell aguzó el oído. ¿Aquella era la trampa de Berta? ¿O era cierto que todo cuanto había dicho Berta respondía a la verdad?

Se oyó la voz de McRae:

—Supongo que ya no tiene importancia el hecho de que fuese yo quien raptase a tu padre, Berta —murmuró el exespía.

—No, claro...

—Ojalá supiera dónde se encuentra. De todos modos, y puesto que los rusos le están buscando también, hay que deducir que tu padre, se halle donde se halle, no parece dispuesto a unirse a Rusia. Lo lógico sería, por tanto, que solicitara asilo político en Estados Unidos. Que yo sepa, no ha hecho nada de eso. Seguramente..., si —musitó—. Tu padre debe querer vivir en paz.

Se hizo un denso silencio en el cuarto, en el que sólo se veía un cono de luz en la pared, junto a McRae.

Berta había inclinado la cabeza.

—¿Sospechas que puede haber muerto? —inquirió, con voz apagada.

—No lo sé. No creo. Puede estar en Sudamérica. Y, como digo, vivir en paz.

—Ya... ¿Qué hago yo, Mitchell? He sufrido mucho últimamente. Primero, en Viena... Luego, aquí. Siempre perseguida, siempre con miedo. Y sola. ¿Qué hago, Mitchell?

—Lo siento, Berta —murmuró McRae.

—Bien... Después de todo, tú estás en esta situación por mi culpa. Todo está saliendo mal. Y esos hombres... regresarán, claro.

Michael..., has mencionado a un tal Ambrose. Dime dónde está Ambrose. Iré a cualquier sitio a buscarle.

Aquello era inquietante.

Mitchell notaba una amenaza en su espalda.

En cuanto a McRae, parecía no percatarse de nada. Permanecía tranquilo, y miraba casi con suavidad a Berta.

—Mira mi rostro, Berta —murmuró.

—Sí..., sí...

—Han sido ellos. Chislenko y Egorov. ¿Sabes por qué? Por no poder responder a nada.

Mitchell empezó a calcular el tiempo que aún tardaría el inspector Finch en presentarse allí con sus hombres. No podía tardar gran cosa, en el supuesto de que la pelirroja hubiese obedecido las instrucciones de la nota.

Porque aquello empezaba a dar miedo.

Realmente, estaban encerrados allí, en aquel cuarto. Podían estar acorralados allí dentro. En cuanto a la fuga llevándose a McRae era poco menos que imposible.

Mitchell dirigió un rápido vistazo a Berta y McRae.

Parecía que no había nada más que decir.

En cuanto a los motivos por los cuales estaba secuestrado McRae, estaban bien claros.

—Echaré un vistazo —gruñó Lyndon.

Se incorporó y se alejó con la linterna en la mano hacia la puerta, dejando a oscuras a Berta y a McRae.

Berta, sin que nadie la viera, se mordía los labios furiosamente. Ella hacía cuánto podía, pero las cosas salían mal. O McRae era un tipo impresionantemente duro, o realmente no sabía nada. No, no...

Era muy duro. ¡Tenía que saberlo! Y aquello no había terminado aún.

Miró hacia Mitchell, que estaba haciendo girar el pestillo, para salir sin ruido del cuarto.

En aquellos momentos, empezaron a ocurrir cosas.

Primera: Cuando Mitchell estaba deslizando el pestillo, la puerta fue abierta violentamente desde fuera, y la madera golpeó la mano de Mitchell, quien soltó un grito de sorpresa, y la linterna se desprendía de entre sus dedos; quedó en tierra, encendida, alumbrando inútilmente un rincón del cuarto.

Segunda: En su retroceso desconcertado, el estómago de Mitchell se encontró con un duro puño, que le obligó a doblarse, con la boca abierta. Le agarraron por la muñeca derecha, golpeándole los nudillos contra el borde de la puerta.

Mitchell gruñó, dolorido, y su pistola pasó a manos de Egorov.

Luego, fue Chislenko quien pegó a Lyndon en la barbilla, obligándole a retroceder, braceando. Tranquilo, Egorov le puso la zancadilla, y Lyndon perdió el equilibrio, cayendo aparatosamente de espaldas.

Se encendió la luz.

Chislenko y Egorov sonreían.

—Buenas noches, McRae —dijo Chislenko—. Estoy por creer que es cierto que no sabes nada, con lo cual te has sentenciado. Mala suerte.

VIII

LUEGO, Chislenko, inexpresivo, miró a Berta.

Por último, a Mitchell, que se estaba incorporando. Egorov empujó a Lyndon, y el hombre del

F. B. I.,

cayó de costado, casi tocando a Berta, que permanecía muy quieta, mirando a todo el mundo con los ojos muy abiertos.

—Hola, señorita Foldhege —sonrió Chislenko—. Volvemos a encontrarnos, ¿eh?

Berta se mordió los labios, sin responder.

Mitchell no sabía qué pensar. Lo que sí era evidente era que aquello estaba preparado. La trampa: les dejaban entrar. Ellos sabían que Berta era amiga de McRae; conocían todo lo que Berta había hecho, muy mal por cierto, para obtener la verdad de McRae, y pegados a la puerta esperaban oír la confesión del exespía. No había sido así, e intervenían.

—Como —le decía, McRae —dijo Chislenko, volviéndose hacia McRae—. Usted demuestra continuamente su inteligencia. Negándose a hablar, alarga la vida, en espera del

F. B. I.

Pues bien: supongo que ese hombre pertenece al

F. B. I.

—señaló a Lyndon—. Y ya ve: no ocurre nada. Por lo que he oído, se desprende que usted no sabe realmente nada. Por tanto, es un estorbo. Ahora bien, voy a hacer la última prueba.

Lyndon miraba continuamente la pistola que empuñaba Egorov, dedicado exclusivamente a él.

No debió entrar allí solo, maldita sea...

¿Habría avisado la pelirroja al inspector?

¿Por qué diablos ya no estaban allí?

Bien...

—Digo la última prueba. El del

F. B. I.,

y Berta son sus amigos, ¿no? —sonrió Chislenko.

—Sí. Pero si está pensando torturarles es inútil, Chislenko. Jamás podré decir lo que no sé. Tampoco lo diría.

—Veremos. Veremos, McRae. Mire a Berta. ¡Mírela!

McRae miró a Berta, que estaba muy asustada; sus ojos muy abiertos empezaban a extraviarse.

—Le aseguro que no le gustará el olor de la carne de Berta, chamuscada. Mire, McRae: no puedo fracasar. Usted lo comprende muy bien. Nosotros no nos arriesgamos por nada. Yo tengo los triunfos en mi poder y tengo que explotarlos hasta el final. Sólo me convenceré de que he perdido, cuando ustedes tres estén muertos. Pero le aseguro que morirán lentamente. Primero, ellos. Después, usted. Tiene tiempo de reflexionar, McRae.

Mitchell quiso incorporarse, pero Egorov le pegó con el cañón de la pistola en el cráneo. Y dijo:

—De rodillas.

Lyndon encajó las mandíbulas. De rodillas...

Chislenko miró a Egorov e hizo una seña, indicando que podía apretar un poco a Berta.

La joven se incorporó de un salto. El abrigo abierto, y sin efecto el arreglo que se había hecho en el vestido en el cuarto de aseo del apartamento de Wickersham, se pudo ver su pierna morena. Berta quiso correr hacia la puerta, pero fue el propio Chislenko quien la detuvo de una bofetada.

Berta quedó vacilante en el centro de la habitación, de espaldas a los demás, mirando con fijeza a Chislenko.

—Vuelve allí —musitó Chislenko—. De rodillas también; como el hombre del

F. B. I.

El encendedor, Egorov.

Berta ya estaba de rodillas. Miró los labios chamuscados de McRae y exhaló un leve gemido. Chocó de costado contra el suelo, desvanecida.

Chislenko apretó los labios.

Luego, de súbito, se abalanzó rabiosamente contra McRae, asestándole un patadón en pleno rostro. Se oyó el choque de la coronilla de McRae contra la pared. Luego, la excitada voz de Chislenko; excitado, no podía disimular el acento de su idioma:

—¡No perderé más tiempo, McRae! Ya sé que eso es lo que buscas: que te mate de una vez. Pero primero vas a sufrir mucho; vas a sufrir mucho... ¡Vas a sufrir mucho...!

Se cebó con él, perdida la sangre fría.

Le pegó varias veces con el cañón de la pistola. En las orejas y en las cejas, hasta el punto de que McRae se notó cegado completamente por la sangre que resbalaba por sus ojos. Iba a caer de lado, pero una patada le hizo conservar el equilibrio.

Mitchell quiso intentarlo de nuevo, pero Egorov se mantenía templado y atento, y le pegó en la nuca, dejando dolorida la cabeza del agente del

F. B. I.

Chislenko, jadeante, se calmó un poco.

Miró a Berta, que se estaba recuperando.

—McRae, voy a volver a empezar —murmuró.

—Es... inútil...

—Con ella de nuevo.

—Pierde el tiempo, Chislenko... Máteme: no sé nada.

Chislenko meditó unos segundos.

—Está bien. Tengo que darme por vencido —dijo—. Nunca creí que soportaría todo esto, McRae. Le felicito. De este modo, conociéndole un poco, no duele tanto lo de Viena.

McRae ya no respondió. Respiraba con dificultad; se había limpiado la sangre que manaba de sus cejas, cegándole, y su rostro quedó enrojecido, contrastando con alguna zona lívida, hasta la cual no había llegado la sangre.

En aquel momento, se produjo un sonido que llegó claramente a oídos de todos, dado el silencio.

Y la tensión hizo palidecer aquellos cinco rostros.

Chislenko miró a Egorov.

—Voy a ver. Si se mueven, mátalos. Ya sin miramiento alguno.

—Descuida.

Chislenko fue hacia la puerta; escuchó.

Se contenían las respiraciones.

Un instante después, Chislenko abrió bruscamente la puerta. No ocurrió nada. Chislenko desapareció.

Lyndon Mitchell sabía quién era. Trudy Egan estaba rondando por allí, estúpidamente. ¡Dios...! Su naricita iba a estrellarse por fin. En cambio, el inspector Finch estaba al llegar. Había transcurrido cosa de media hora desde que entraron en la casa. Trudy debió llamar por teléfono un par de minutos más tarde.

¿Y si no había llamado?

La frente de Mitchell se inundó de sudor.

Miró a Berta y la vio tranquila.

Se acercó a McRae, de rodillas, esperando provocar la reacción de Egorov.

No tardó en producirse.

Con los nervios firmes, Mitchell esperó a que aquel hombre dejara caer el brazo armado sobre él. Velozmente, entonces, se hizo a un lado. Egorov falló el golpe y quedó un tanto desconcertado y en posición difícil.

Mitchell lo demostró al instante, agarrando el brazo derecho de Egorov, y retorciéndolo con violencia. No obstante, Egorov consiguió reaccionar, y colocó un rodillazo en pleno rostro de Mitchell. Pero el hombre del

F. B. I.,

no iba a soltar su presa. La desesperación le dio fuerzas para soportar un nuevo rodillazo, y se fue incorporando, tenso, con el rostro brillante de sudor por el esfuerzo, siempre retorciendo el fuerte brazo de Egorov.

El ruso no podía evitar que Mitchell se fuera situando a su espalda; ni que le clavara una rodilla en los riñones.

Egorov era un coloso, pero empezaba a arquearse.

La fuerza que desarrollaban para dominarse mutuamente, empezaba a agotar a Lyndon Mitchell, menos corpulento y fuerte que Egorov.

Por fin, Egorov cedió, cargando su peso sobre Lyndon. Los dos hombres cayeron al suelo, y la pistola quedó a un lado.

Allí estaba la mano de Egorov tratando de recuperarla, pero si bien en cuestión de fuerza física Egorov llevaba la mejor parte, Lyndon Mitchell era mucho más ágil. A medio incorporar, apresó con la suela de su zapato los nudillos de Egorov contra el suelo.

Luego, alargó ambas manos, agarrando la crespá cabellera del ruso. Tiró con todas sus fuerzas, y se oyó el rugido de dolor de Egorov, que empezó a pegar a ciegas, desesperado.

Mitchell, notándose empapado de sudor, tenía miedo de que le fallaran las fuerzas. Aquel Egorov era durísimo.

Seguía aferrado a la caballera del tipo, pero fue alcanzado por un golpe en el estómago, y tuvo que aflojar la tensión.

Egorov emitió un ronco grito, y atrapó las muñecas de Mitchell, retorciéndolas furiosamente. Mitchell no tuvo otro remedio que dejarse presionar, pero saltó con ambos pies por delante, alcanzando a Egorov en pleno rostro.

Fue suficiente para que el tipo le soltara y retrocediera un poco, siempre de rodillas.

La pistola quedó, entonces, entre ambos.

Mitchell la tomó.

Una gota de sudor se metió en su ojo izquierdo.

Vio la cabeza del ruso como si fuera en una pantalla de televisión que repite la imagen.

Luego, aquella misma cabeza avanzó hacia él. Lyndon Mitchell disparó precipitadamente, por dos veces. Notó que había fallado. Retrocedió, notando un golpe en su costado. Quedó sentado en el suelo. Disparó de nuevo. La bala se clavó en una pierna de Egorov. Éste cayó de rodillas, impotente ya.

La mirada de ambos se cruzó por unos instantes.

Luego, Mitchell apretó el gatillo.

—Por Belmont, por Wickersham, por McRae...

Tres balas.

El ruso acusaba cada impacto, estremeciéndose. Ya en el suelo, sangrando por tres agujeros, aún quería arrastrarse hacia Mitchell, pero las fuerzas le fallaron de súbito, y quedó de bruces, con su zarpa extendida.

Mitchell se puso en pie. Vacilaba; el sudor corría por su rostro. Miró unos segundos a Egorov. Luego, con paso poco firme, se acercó a McRae y a Berta. Miró a Berta largamente, con fijeza, preguntándose cuál era el juego de ella, en definitiva.

Berta quiso demostrárselo. Se acercó a él, en silencio, y se abrazó con fuerza al desfallecido agente del
F. B. I.

—Tranquila..., tranquila, Berta... —jadeó Lyndon.

—Pasé mucho miedo, Lyndon —susurró ella.

—Sí...

Se separó de Berta y se inclinó junto a McRae.

—¿Cómo se siente, McRae? —inquirió.

—Un poco mejor...

Mitchell bajó la vista. ¿Mejor? Y aquel hilillo de sangre que resbalaba desde la comisura izquierda de su boca, ¿qué? Tal vez le habían reventado a golpes. Ya se vería. Por el momento, el silencio que rodeaba el «cottage» era señal de que, efectivamente, había sido Trudy quién había metido la naricita en el asunto.

Chislenko no la había encontrado aún.

Por tanto, la vida de Trudy podía salvarse perfectamente.

Lyndon se separó de McRae y dijo:

—Cuidado, Berta. Ahí va esa pistola. Si el que entra es Chislenko...

Berta tomó la pistola, con los ojos muy abiertos, como asustada por encontrarse un arma entre sus manos. Lyndon, inclinado junto a Egorov, sonreía torcidamente. Berta poseía una sangre fría fuera de serie, y un magnífico cerebro. Y ella sabía que no le convenía hacer daño alguno a McRae.

Lyndon recuperó su propia pistola de un bolsillo de Egorov, y ya un poco más firme, echó a andar hacia la puerta de aquel cuarto.

Poco después, se encontraba en el vestíbulo que ya conocía, tratando de captar alguna señal indicadora de la posición de Chislenko o Trudy.

IX

CUANDO Lyndon Mitchell hubo salido, Berta miró a McRae. Parpadeó ligeramente, al observar la sonrisa del exespía. Luego, la sonrisa se transformó en risa, que fue creciendo de intensidad.

La risa estremecía a McRae, aumentaba la intensidad del hilo rojo que resbalaba por su barbilla. Pero McRae debía encontrarse muy bien en aquellos momentos. Y Berta, desconcertada, se acercó, arrodillándose frente a McRae.

—Michael... —musitó—. ¿Qué te ocurre?

McRae la miraba con los ojos turbios, a causa del dolor, pero seguía riendo.

—Nada..., nada, Berta...

—Dios mío..., Michael, tienes que decírmelo. ¿O crees que yo voy a hacer algún daño a mi padre?

—No..., no...

—¿Entonces? Tú lo sabes.

—No, Berta...

—Está bien. Mala suerte.

Y empezó a llorar copiosamente en silencio. Si ella supiera lo que pensaba McRae en aquellos momentos... Había sido una lucha extraña, como una rueda que al girar pisoteaba sin piedad. Berta podía estar también debajo de aquella rueda.

En aquel instante, se oyó un grito. Luego, una carrera. Otros rumores empezaron a animar el silencioso ambiente.

Berta, lentamente, con la mirada fija en la puerta de aquel cuarto, se puso en pie. La pistola que empuñaba se mantenía firme; con extraña firmeza.

Oyó de nuevo la risa de McRae, lo cual la crispó.

—No rías, Michael —susurró.

McRae no le hizo caso.

—Michael...

Nada.

Berta cerró los ojos. Tenía que mantenerse serena. Empezaba a estar segura de que de un modo u otro Mitchell había avisado al F. B. I.

¿Cuándo? ¿Cómo? Se miró la pierna. Ella había estado en el lavabo. Y Mitchell debió hacer algo entonces. No obstante, el juego había salido bien. En ningún momento Chislenko ni Egorov dieron a entender que eran aliados. Todo estuvo magnífico; la bofetada, el simulacro de desmayo...

Por tanto, muerto Egorov, y si Chislenko no se entregaba con vida, ella podía seguir adelante en el juego.

Miró la pistola que le había dado Mitchell. Se fiaba de ella, lo cual quería decir que se tragó el cuento. Muy listos también Egorov y Chislenko, al no perder la sangre fría cuando la vieron a ella con Mitchell. Debieron comprender que seguía el juego con el federal.

Pero nada había convencido a McRae para que hablara.

¡Nada!

¿Y de qué diablos debía reír?

Aquella risa... Se filtraba dolorosamente en el cerebro de Berta. ¿Se reía de ella? La risa era burlona... A pesar de ser silenciosa, a Berta se le antojaba estridente.

Respiró con fuerza.

Serenidad.

Ella pasaría ante todo el mundo por la desgraciada hija del profesor Foldhege, si también Chislenko moría. Nadie podría probar lo contrario. Y hasta tal vez el

F. B. I.,

la ayudara a encontrar al profesor. Ella podría terminar el trabajo empezado dos meses antes, cuando llegó a Nueva York y empezó a buscar a McRae. Lástima que Chislenko cometiera el error de utilizar a Wickersham.

Mitchell contuvo una sonrisa. Dio un salto silencioso y se situó frente a aquella silueta, ocultándola con su cuerpo. A continuación, amordazó la boca femenina y la abrazó con fuerza, evitando que pudiese gritar o producir ruido.

—Quieta, pequeña —musitó Mitchell al oído de Trudy—. ¿Sabes dónde está?

Relucieron los ojos enormes de Trudy, muy abiertos. Mitchell, sonriendo, besó aquella nariz respingona y pecosa.

—No te asustes. Todo irá bien. ¿Le has visto?

Ella asintió con la cabeza. Mitchell prescindió de la mordaza. Trudy estaba mirando hacia las escaleras. Un instante después, aparecía Chislenko.

—¡Chislenko! —gritó Lyndon Mitchell.

El tipo no se detuvo. Lo que hizo fue echar a correr, atravesando el vestíbulo en dirección a la puerta de la calle. Mitchell dijo rápidamente:

—No te muevas de aquí.

No quiso disparar contra Chislenko. Le pareció más oportuno correr detrás de él, tratando de atraparle vivo.

Chislenko había abierto la puerta del «cottage».

Y en aquel instante, dos potentes focos derramaron su luz sobre la parte delantera de la construcción, alumbrando perfectamente a un Chislenko deslumbrado, desconcertado. El tipo, no obstante, reaccionó vivamente y echó a correr hacia los setos que bordeaban el jardín del «cottage».

Sonó una potente voz:

—¡No disparen!

Ya había sido visto también Lyndon Mitchell.

Y Mitchell ya sabía lo que estaba ocurriendo. Silenciosamente, los hombres del

F. B. I.,

habían rodeado la casa, y muy probablemente dos o tres de los agentes estuvieran ya dentro. El inspector Finch con los demás esperaba instrucciones, y se mantenían alerta, esperando los acontecimientos.

El que no tenía verdadera idea de los procedimientos del

F. B. I.,

era Chislenko, quien había saltado el seto y corría por otro jardín, con la esperanza de despistar aquellos malditos focos que le perseguían implacables. Si conseguía...

Se interrumpió el curso de sus pensamientos.

Quedó detenido, jadeante, frente a aquellas dos siluetas que

habían aparecido de súbito frente a él, cortándole el paso. Miró hacia su izquierda. Si pudiera salvar aquella valla...

Otros dos hombres.

Retrocedería y...

Allí llegaba corriendo el maldito Mitchell. Era él. Le conocía por la vieja gabardina.

—Malditos..., malditos... —jadeó.

Echó a correr hacia el único punto en el que no parecía haber agentes del

F. B. I.

Mitchell descubrió su intención y gritó. Inmediatamente, empezó a cerrarse el círculo en torno a Chislenko, quien en aquellos instantes se había metido en una piscina vacía, de escasa profundidad, ya que al otro lado había un jardín bastante frondoso.

Pero la profundidad de la piscina cambió de pronto, en el terreno para nadadores, y Chislenko, sin advertirlo, perdió pie. Su grito resonó en la noche, y el ruso quedó tendido en el fondo de la piscina, aturdido, sintiendo un vivo dolor en su rodilla derecha.

—¡Asomad! —chilló.

—¡Entrégate, Chislenko! Estás completamente rodeado.

—Venid a buscarme... ¡Venid!

Y Chislenko empezó a disparar contra los bordes de la piscina, pese a que no veía a nadie.

Acorralado allí... ¡Maldita piscina!

Y los hombres del

F. B. I.,

se movían tranquilos, silenciosos. Nadie asomaba. Sabían que jamás podría salir de allí... Si pudiera utilizar la escalerilla que conducía al borde. No había luz, pero la escalerilla tenía que estar en un ángulo. Tropezó inmediatamente con ella, e inició el ascenso con una mano, empuñando la pistola con la otra.

Estaba llegando. Y aquella voz... ¡Malditos!

—Suba tranquilo, Chislenko. Entréguese.

Chislenko respondió haciendo fuego, pero ya Lyndon Mitchell había saltado de costado. Luego, furioso, pisó la mano con que Chislenko se sostenía a la escalerilla.

Se oyó un grito, y Chislenko desapareció en el vacío. A continuación se produjo un choque sordo, un ligero chapoteo ya

que quedaba un charquito de agua en la piscina.

Nada más.

Mitchell se volvió hacia otros agentes que iban llegando.

—Una linterna. Alumbrad el fondo.

Lo hicieron con precauciones, pero no se produjo reacción alguna. El cono de potente luz recorrió el fondo hasta dar con Chislenko. Éste estaba de cara al cielo oscuro, nublado, con los ojos abiertos y la cabeza en extraña postura, muy significativa por otra parte.

—Se ha desnucado —gruñó uno.

—Sí...

Llegaba el inspector Finch.

—Todo listo —dijo—. Somos dueños del «cottage». Palmer, Eddie y Grooms están dentro. ¿Y éste?

—Está listo, señor. Se desnucó.

—Ya... Mala suerte. Vamos, muchachos, moveos. Id a los coches y pedid dos ambulancias... Vamos, vamos... Ven conmigo, Lyndon. ¿Qué hay de Berta Romanos? Está allí muy tranquila. Lloro un poco, pero nada más. No quiero hacerle preguntas aún.

Mitchell meditó unos segundos.

—Ha conseguido desconcertarme, señor. Dice ser hija del profesor Foldhege, que es a quien buscaban Egorov y Chislenko. O eso es verdad, o han preparado una excelente comedia. Todo daba la impresión de que Berta y esos dos agentes rusos eran enemigos.

—Está bien. Veremos.

—¿Se ha recibido el informe de Washington con respecto a McRae?

—No.

—¿Cómo está McRae?

—Mal. Le han reventado a golpes. Le queda muy poca vida.

Mitchell meneó la cabeza.

—Un hombre duro —musitó—. Ha negado en todo momento. Me pregunto si no sabe realmente el paradero de Ambrose y del profesor Foldhege.

—Lo sabremos ahora, Lyndon.

En aquel cuarto estaban el inspector Finch, Lyndon Mitchell, el médico que acababa de llegar con una de las ambulancias y varios agentes especiales. También McRae, atendido por el médico, que

efectuaba una cura convencional, Berta, y, en un rincón, con los oídos muy atentos, la pelirroja, que pasaba desapercibida en aquellos momentos.

¡Menudo reportaje!

El inspector Finch y Lyndon se acercaron a dónde estaban el médico y McRae. El inspector inquirió:

—¿Podría hablar, doctor?

—Si él quiere...

McRae asintió con la cabeza.

—¿Qué tal, Homer? —inquirió—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

Homer Finch sonrió.

—Yo estoy bien, Michael. ¿Y tú?

—Ya lo ves. Esta vez ha sido la peor. De todos modos, aquí se da por terminado el «*affaire*» de Viena.

—¿Aquí? —inquirió, un poco sorprendido, Finch.

—Sí, Homer. Aquí, y ahora. ¿Sabes? Fue un gran triunfo el mío, pero no completo. Chislenko consiguió huir del desastre, si bien, como él afirmó, le destruí, le hice caer en desgracia en su país, y ya sabes lo que ocurre cuando un tipo cae en desgracia en la URSS, ¿no?

—Por supuesto.

—Chislenko afirma haber estado viviendo del mejor postor desde entonces, pero es mentira.

El inspector y Lyndon Mitchell cambiaron una mirada. Por lo visto, McRae sabía más que nadie de aquello.

—Está bien, Mitchell. ¿Por qué es mentira?

—Chislenko se presentó aquí, diciendo que quería a Ambrose y al profesor Foldhege. Incluía, en principio, unos proyectos de un arma inventada por el profesor. En vista de mi negativa, y suponiendo que esos proyectos estaban en manos de Estados Unidos, optó por conformarse con localizar a Ambrose y al profesor Foldhege. Dijo que lo hacía para devolverme el golpe de Viena y poder entrar de nuevo en su país por la puerta grande.

—Hasta ahora me parece lógico, Michael.

—No..., no. Trabajaban para alguien, Homer. Han movilizado mucha gente para sospechar otra cosa.

—¿Para quién trabajaban?

—Pues... A juzgar por el estado de tensión a causa de lo de Vietnam, sospecho que para China. China necesita toda clase de ingenios bélicos, y paga bien a sus agentes. Nadie ignora cómo Rusia se fue apoderando de los secretos militares de nuestro país. Pues bien: el turno es ahora de China Roja. Paga a sus agentes de todo el mundo, recopila datos, proyectos, planos... De ningún otro modo llegaría a ser una potencia temible. Estoy convencido de que Chislenko y compañía trataban de recuperar al profesor y trasladarlo a Pekín.

—Vaya... En este caso, puede decirse que has sido un cebo para un peligroso grupo de espionaje.

—Sí, Homer, y no es la primera vez —sonrió, débilmente, McRae.

—Ya. Entonces, muerto Chislenko, consideras que lo de Viena está listo.

—Sí. Pero debí acabar allí con él. Ahora... estaría tocando el piano en «El Bicho» —dijo, sonriendo, McRae.

—Bien... Quizá puedas...

—No sigas, Homer. ¿Crees de verdad que necesito que me engañen? —inquirió McRae, tranquilo.

—Ya...

Se hizo un silencio inquietante.

Todos sabían que se encontraban ante un moribundo. ¿Y qué diablos podían decir?

Lyndon Mitchell carraspeó. Dijo:

—McRae..., me he estado preguntando si usted sabe realmente el paradero de Ambrose y del profesor Foldhege.

—Lo sé, Michel.

Se produjo cierto rumor en aquella habitación.

Berta avanzó hacia McRae, mirándole con los ojos muy abiertos. Mostraba ansiedad; se mordía el labio inferior.

—Michael..., lo sabes... —musitó.

—Sí, Berta.

—Hubieran podido matarte, Michel, y yo jamás hubiese podido averiguarlo.

McRae sonrió.

Luego, empezó a reír.

El «*affaire*» de Viena. Fue perfecto. Es decir: se perfeccionaba

dos años más tarde en Nueva York. Bien... No tenía por qué pensar con tristeza en aquello. No, no... Nada de tristeza.

Seguía riendo.

Mitchel le observaba con los ojos entornados. Inquirió:

—¿Dónde están?

McRae dejó de reír.

—¿Dónde están, Michael? —inquirió, intrigado, Homer.

—Aquí. Están aquí.

Una extraordinaria palidez empezó a extenderse por el hermoso rostro de Berta. Estaba inmóvil, tensa, esperando. McRae jadeaba, a causa de su acceso de hilaridad. Berta inquirió, valientemente:

—¿Dónde, Michael?

—Aquí... Aquí, querida Berta. ¡Aquí, aquí!

Y se golpeaba el pecho con un rígido índice de su mano derecha. Mientras, sus ojos, más abiertos en aquellos momentos, miraban con tristeza a Berta, la cual empezaba a retroceder.

X

—ESTAS bromeando, Michael... —musitó Berta.

McRae meneó la cabeza negativamente.

—No, Berta. Lo siento por ti, pero no bromeo. Naturalmente, ni tú ni nadie sabe la verdad. Y yo soy efectivamente el profesor Foldheger, el espía Ambrose, y el exagente del F. B. I.

Michael McRae. Todo eso fui yo en Viena.

Todos miraban, alternativamente, a McRae y a Berta.

Ella estaba derrotada. Se notaba en su rostro, en su actitud.

—Fue mí «*affaire*» perfecto, Berta —prosiguió, suavemente, McRae—. Fui enviado a Viena por haber sido asesinado un enlace de nuestros servicios de Inteligencia. ¿Sabes?, Chislenko trabajaba muy bien entonces, pero yo lo hice mejor. Al principio, me desesperé ante el vacío absoluto. Era imposible determinar quién había asesinado a nuestro enlace, y cuáles las causas, si bien, claro está, se sospechó desde el principio de la existencia de una red enemiga de mi país, bien camuflada y organizada. Ésa era mi misión en Viena: levantar esa red, hacerla saltar.

Le escuchaban entre un silencio profundo.

Berta ya había inclinado la cabeza.

Trudy estaba medio muerta de emoción.

—Al principio trabajé a ciegas... Sí: a ciegas —murmuró McRae—. Hasta que forjé un plan completo. Necesitaba llamar la atención de los componentes de la organización que yo debía dismantelar. Entonces, fue cuando creé a Ambrose y al profesor Foldhege. Picaron.

Aquel hombre, McRae, se estaba muriendo. No obstante, sus pupilas estaban extrañamente animadas y brillantes.

En cierto modo, aquélla era la mejor muerte para un espía.

Ya ni debía recordar lo de «El Búho». No... McRae dejó atrás su pasado, su vida... Todo había quedado en Viena y Marsella.

Lyndon Mitchell le admiró entonces.

—Picaron, Berta —prosiguió McRae—. Empecé a asumir las tres personalidades y me moví entre bastidores. Pronto Ambrose y el profesor Foldhege empezaron a adquirir relieve. Y, por de contado, creció la ambición de Chislenko: iba a raptar a un profesor que acababa de terminar unos proyectos para cierta arma de guerra. Además, acabaría con aquel Ambrose que estaba de por medio, y mataría a otro americano. Todo tan fácil como yo quise que fuera, para, al final, encerrarles en el desconcierto y el miedo. ¿Sabes?, maté a cinco hombres...

Berta se estremeció.

McRae rió silenciosamente.

—Cinco hombres. A Chislenko no pude hallarle... Ése ha sido mi final, Berta. ¿Imaginas ya de qué me reía? ¿Imaginas los esfuerzos que he tenido que realizar para callar hasta este momento? Claro está, en cuanto te presentaste como hija de alguien que jamás ha existido, supe que estabas con Chislenko y Egorov. No dije nada. No podía decirlo, por la vida de Mitchell. Mientras yo negara, había posibilidades de ganar tiempo. Lo he conseguido plenamente, ¿no, Berta?

Mitchell estaba lívido.

Cierto. Muy cierto.

Si el exespía llega a descubrir la superchería cuando Chislenko y Egorov estaban escuchando detrás de la puerta, la decoración sería muy distinta en aquellos momentos..., suponiendo que en el Más Allá exista decoración alguna.

—McRae... —musitó Lyndon—, es suficiente. Descanse... Y gracias. Me alegro de haberle conocido.

McRae consiguió sonreír.

—Ya es todo —murmuró—. Si bien es cierto que no llegué a creer plenamente que Chislenko cayera en la trampa de mis tres personalidades... Ni que se presentara aquí algún día a pedir cuentas. Por lo demás, mi secreto estaba bien guardado en la

10-10

(Máximo Secreto).

McRae respiró hondo y cerró los ojos.

Así, en paz.

Sólo el doctor comprendió lo que ocurría.

Murmuró:

—No ha muerto aún. Ha entrado en coma. De todos modos, no creo que despierte ya.

Homer Finch meneó la cabeza; apretó los labios.

—Llévenlo al hospital —murmuró luego—. Agoten las posibilidades.

—Por supuesto, inspector.

Poco después, McRae era trasladado a una ambulancia. En la habitación sólo quedaban el inspector, Lyndon Mitchell, Berta, Palmer y Grooms, y, con el cerebro un poco calenturiento ya, Trudy Egan.

Mitchell se situó frente a Berta.

—Tendrás que venir con nosotros, Berta —dijo, con voz tranquila.

Ella afirmó con la cabeza.

—Claro, Lyndon... ¿Sabes?, McRae acaba de demostrarme que apenas soy una principiante a su lado. Lo cierto era que yo jamás hubiese sospechado de la inexistencia del profesor Foldhege. Absurda manera de meterme en la trampa.

—Una trampa inteligente.

—Sin discusión, Lyndon.

—De todos modos, tú no lo hiciste mal, Berta. Confieso que me desconcertaste.

Berta sonrió levemente.

—Ya no importa. Sólo hay que felicitar al vencedor, y el vencedor has sido tú. Felicidades, Lyndon.

Lyndon meneó la cabeza. Miró hacia la puerta por la cual poco antes se habían llevado a McRae.

—No... No, Berta. El vencedor ha sido él, McRae.

—Ya no importa.

—¿Es cierto que trabajabais para China Roja?

Berta vaciló unos instantes, mirando a Lyndon a los ojos. Sonrió y afirmó con la cabeza:

—Es cierto —dijo.

—Ya... ¿Y Wickersham? ¿También es cierto que su papel en este

asunto se limitó a tratar de ayudarte, engañado por ti?

—No... No es así exactamente. Wickersham había colaborado con otro grupo de agentes comunistas hace varios años. Al principio de iniciar el negocio editorial. Era entonces cuando deslizaba información entre líneas. Luego, parece que abandonó el asunto. Chislenko lo averiguó y le presionó, creyendo que sería más fácil tratar a McRae mediante el señuelo de escribir sus memorias. Por otra parte, Chislenko trataba de fortalecer en Estados Unidos una red de espionaje, basándose en Wickersham. Éste no parecía convencido en absoluto.

—Y por eso le mataron.

—Ya sabíamos que el

F. B. I.,

estaba en el asunto, y que le descubrirían fácilmente. No había por qué exponerse.

Ella estaba allí, magnífica, como centro de todas las miradas.

Se veía un poco su pierna, pero todos la miraban al rostro, que en sí ya era un bello espectáculo. Ella había alzado la cabeza y miraba rectamente.

El inspector Finch dijo:

—Vamos ya, Berta.

No vaciló; no despegó los labios. En realidad, y era absurdo, parecía la reina entre sus vasallos.

Detrás de ella, siguieron los demás agentes especiales, a excepción de Lyndon Mitchell. En realidad, no se sentía a gusto. Porque Berta lo iba a pasar bastante mal. Hay unas leyes muy concretas con respecto al espionaje.

En cuanto a McRae...

Notó que le tocaban el hombro. Se giró, un poco sorprendido, por creer que estaba solo allí.

Empezó a sonreír.

—Vaya..., eres tú, pequeña.

—¿Lo... lo hice bien, señor Mitchell? —inquirió la pelirroja, con el rostro de color escarlata.

—Bueno... Le hiciste maravillosamente, Trudy.

—Oh... ¿De veras?

—Muy en serio, pequeña. Muy en serio.

—Me..., me alegro...

—Anda, salgamos de aquí. Huele a muerto.

Trudy echó a andar al lado de Lyndon Mitchell. Éste la miraba de soslayo, seguro de que Trudy esperaba aún algo. Antes de salir del «cottage», Trudy se destapó:

—Señor Mitchell..., ¿podré publicarlo todo?

—Hum...

—¿Cómo?

—No lo sé, Trudy.

—Pero esto sería...

—Sé lo que sería, pero habrá que hablar con el inspector Finch. El decidirá lo que se debe hacer, aunque en mi opinión tendrás que solicitar autorización de Washington. ¿Satisfecha?

—No mucho, pero tendré paciencia. ¿Sabe?, hace mucho tiempo que esperaba una oportunidad como ésta. No es fácil que se presente así, de golpe, y duele tener que desaprovecharla. Señor Mitchell, yo le ruego que... Señor Mitchell.

No la hacia el menor caso.

En aquellos momentos, Berta se estaba introduciendo en el coche que la llevaría a los calabozos. Berta enseñó sus portentosas rodillas, y aún tuvo fuerzas para dirigir una sonrisa a Lyndon Mitchell.

Decididamente, Mitchell se sintió con un poco de ceniza en la boca. Pero...

Se volvió, de súbito, hacia Trudy.

—¿Decías algo, pequeña? —inquirió.

—Pues... Hablaba de mi oportunidad. En mi opinión...

—Oh... Es cierto, tu oportunidad. Vamos.

Rodeó los hombros de la periodista y echó a andar, haciendo una seña al inspector Finch: Mitchell quería dar un paseo, sentir un poco de aire en su rostro. En el interior del vehículo, Finch se encogió de hombros y dio una orden al conductor.

El vehículo arrancó. Mitchel no miró.

Siguió caminando, a largas zancadas, con la periodista dando saltitos a su lado, y tratando de hacer comprender a aquel estúpido que ella debía obtener algún partido de todo aquello.

Mitchell, al final, la introdujo en un bar que estaba abierto, y pidió café para ambos.

Luego, sonriendo, desconcertando por completo a Trudy, se

dedicó a mirar los ojos
azul-gris
de la muchacha.

El hombre estaba sentado frente al volante del coche. Por la ventanilla entraba un poco de humedad y frío, pero también salía el humo del tabaco. El coche estaba detenido frente a un edificio de apartamentos, en la calle Treinta y Seis Oeste, y llegaba allí toda la bruma del río Hudson.

La calle Treinta y Seis estaba animada aquella mañana; coches, enormes camiones de transporte de tejidos y confecciones, motocicletas, gente. Ruidos, silbidos del guardia de tráfico.

Aquello era Manhattan.

El hombre seguía fumando, paciente, tranquilo. Ni siquiera consultaba la hora. Miraba fijamente hacia la puerta de aquel edificio de apartamentos. Por fin, sonrió levemente.

Ya salía.

Lo primero que destacaba era una cabellera muy roja, peinada tipo turbante. Seguía un bonito y juvenil rostro, un tanto pecoso con unos maravillosos ojos azul-gris.

Luego, lo demás, bien siluetado por una gabardina blanca entallada. Y unas piernas esbeltas, finas...

Ella se acercó al coche. Pareció sorprendida y miró por la otra ventanilla.

—Lyndon... —dijo, parpadeando.

—Hola, muñeca. Conduciré yo.

Le abrió la portezuela y Trudy Egan se acomodó en el coche.

—A la redacción —dijo.

Lyndon puso en marcha el viejo «Austin» de Trudy. Mientras, la joven miraba de soslayo. Bien... Lo cierto era que Lyndon Mitchell, afeitado y vestido correctamente, salía ganando mucho. Era varonil, bien parecido incluso. Y tenía los ojos grises, burlones a veces... Otras, la miraban de un modo..., de un modo...

—Trudy —gruñó Lyndon.

—¿Sí?

—Buenas noticias.

Trudy abrió mucho los ojos.

—¿De veras, Lyndon?

—Sí. Ha llegado la autorización para ti, pero con ciertas reservas. Es fácil de comprender, ¿no?

Trudy suspiró.

—Sí, claro. De todos modos, habrá bastante material. Lástima que no hubiera salido al público cuando el entierro de McRae.

—Sí, claro.

—Pero el público sabrá con qué clase de hombres cuenta el

F. B. I.

Eso es seguro, Lyndon.

El agente especial sonrió.

—Muy bien, pequeña.

Trudy Egan meditó durante un buen rato. Estaba absorta en sus ideas. Por fin, miró de nuevo a Lyndon, y dijo:

—Ya tengo título para el reportaje. Y lo haré en varias jornadas. Eso no se explica en dos páginas.

—¿Cuál es el título?

—«*Affaire*» perfecto.

—Hum...

—¿No te gusta? A mí me parece que... Eh, Lyndon.

—¿Qué ocurre?

—Por..., por aquí no vamos a la redacción...

Lyndon Mitchell se echó a reír alegremente.

—Lyndon..., ¿qué..., qué pretendes...?

—¿Tienes miedo, pequeña?

—Bien..., un poco. Pero es que no comprendo...

Lyndon Mitchell la miró unos instantes, muy serio. Ella le devolvió la mirada. Empezó a enrojecer.

—Trudy..., quiero decirte algo muy importante —dijo, con voz grave, el agente del

F. B. I.

—¿A..., a mí?...

—Sí.

—Oh, Lyndon... ¿Qué es?

—Espera.

—Estamos llegando al Parque de la Batería, Lyndon.

—¿De veras? —rió Lyndon.

Sí. Al Parque de la Batería. No era un día de sol, y en pleno

invierno el parque no presentaba excesivos atractivos, pero Lyndon Mitchell era así. ¿A él qué diablos le importaba el tiempo? Se le había metido en los sesos que lo que iba a hacer tenía que hacerlo en un parque.

Y allí estaba. Frenó en un aparcamiento, y agarró a Trudy de un brazo, arrastrándola al interior del parque, en busca de un sitio un tanto apartado y bonito.

Se oían las sirenas de los «*ferrys*», las de los barcos que solicitaban al práctico...

Trudy tiritaba de frío, sentada en un banco, junto a Lyndon.

—¿Y bien? —inquirió mirando a Lyndon.

—Bueno..., yo...

—Date prisa, Lyndon, me muero de frío.

—Yo... Oye, Trudy... ¿Tú...?

—Claro que sí, querido. Saldrás en el reportaje.

Lyndon rió malignamente.

Muy bien. Iba a quitarle el frío a Trudy.

Ella no supo cómo, se encontró con sus brazos rodeando el cuello de Lyndon y con los labios pegados a los suyos. Las palabras, luego. Podían helarse con el frío.

FIN



**Toda la grandiosa
epopeya de la
guerra, fielmente
reflejada en una
magnífica colec-
ción.**

PATRULLA DE **COMBATE**

FR

Editorial Rollán, S.A.
Amaro García, 17 - MADRID-5

PRECIO DE ESTE VOLUMEN
8 Pesetas

